



LOS TIEMPOS



DE



PATRICIA



B. MENENDEZ VICO

LOS TIEMPOS DE PATRICIA

PRIMER TIEMPO

Patricia Elizondo vino a la capital a estudiar en la universidad la carrera de filosofía. A esa edad, donde los sueños van más allá de las quimeras, la joven aspiraba a convertirse en un personaje histórico. Creía que su inteligencia y capacidad la llevarían a ser la Hipatia de estos tiempos. Ganas tenía, empeño también por eso se le iban las horas discurseando con sus compañeros entre libros, cafés y cigarrillos. Se dedicaba a ganar horas, o perderlas, según se mire.

La brillante alumna quería ser una teórica completa. A veces pretendía marcar pautas y llevar la voz cantante y constante en eso de que la interpretación de la deriva de hoy era factible si se alimentaba de la herencia filosófica asentada en siglos de aportes y descubrimientos.

A la familia de la joven le gustaba que la Patricia pareciera una griega con la verba de esta época. Alentaban su prosapia aunque no tuvieran claro para qué servía. No todos entendían por qué la joven se empeñaba en transitar por un camino viejo y abandonado. Un camino antiguo que en algunos trechos olía a muertos.

Los Elizondo no flotaban en el desencanto, tenían un buen vivir gracias a la perseverancia familiar. No anduvieron por vericuetos profundos a la hora de amasar un capital que les permitiera algunos caprichos, incluidos los estudios filosóficos de la Patricia.

Al principio todo marchó bien, la joven se instaló en casa de la tía Herminia, una jubilada soltera. No solterona en el término arcaico de la palabra porque la Herminia tenía buenas alforjas donde guardaba sus andanzas.

La jubilada fue novia de un pintor famoso, no entendía su pintura pero si entendió el meneo que le dio cuando se le ocurrió preguntarle si Miró era mejor que él. Le dio tal achuchón que estuvo dando vueltas varios días. Fue la novia de casi todo el mundo. Incluso se enredó con un bailador de flamenco, ese la ponía mirando a Cuenca donde también veía estrellas de todos los colores.

En mis tiempos se follaba callado no como ahora que se pregona a cuatro o cinco vientos, dice a Patricia. La joven escuchaba las historias de la tía y la divertían fueran ciertas o inventadas.

La tía Herminia confundía a Platón con Plutón y creía que Zenón de Elea tenía tetas. No era desleída, solo que iba a lo suyo. Si le hablabas de romances famosos ahí tenía el uno. Se conocía toda la llorera de todos los tiempos, a veces se dormía con una lágrima derramada a causa de la muerte de Carmen y escuchaba la opera en un tocadiscos que le trajo Colón, no el navegante sino un novio que le dio por decir que era pariente del genovés.

Le gustaba la zarzuela a rabiarse, se la pasaba dando vueltas entre lo musical y lo terrenal.

La tía no entendía el desaliño de la Patricia que en su etapa estudiantil del vaquero, la camiseta y las botas no salía aunque el verano descociera la mollera. Hija te pareces a Francisquito, decía la tía no sin algo de razón, el carnicero era más espabilado que ella. Patricia en esa etapa se empeñó en usar gafas sin necesidad y también le dio por ser más roja que el tomate. La tía Herminia sin conocer un pimiento de filosofía suspiraba al verla tan desgarbada, maloliente y rabiosa. La jubilada se resignaba y esperaba un

cambio. Por suerte los brotes de rebeldía son manifestaciones de una enfermedad juvenil que desaparece con el tiempo.

Imbuida en su mundo, la joven Patricia apenas se percataba de que no todo giraba en torno a los movimientos filosóficos, la dialéctica hegeliana y el cógito ergo sum. La tía Herminia muchas veces le recordaba de lo alentador que era un buen revolcón que desarme el esqueleto. La buena señora creía que un buen movimiento de caderas desprendía las telarañas. Un muchacho de esos puede darte un buen alegrón, decía la jubilada preocupada porque esta sobrina se olvida de vivir la vida y quiere vivir en los libros. Tanto hartazgo puede provocar loquera por empacho.

Un día de esos días la sobrina llegó extraña, la buena señora jubilada indagó porque no estaba acostumbrada a ver en su sobrina nada que la sacara de su embriaguez filosófica. Después de mucho pinchar logró llegar al meollo del asunto. A la brillante sobrina le gustaba un chico, un tal Alberto tan filoso como ella, tan rojo como ella y tan harto de libro como ella. La tía movió la cabeza, por lo menos era algo. Esa noche la buena señora se durmió esperanzada con una lágrima derramada en honor a La dama de las camelias y a esa gran diva llamada María Callas.

Patricia al otro día se fue más temprano que otras veces, se sentía fatal al darse cuenta que Alberto le gustaba un montón y que cuando discutían sobre el movimiento existencialista tendían a acercarse más de lo permitido y que el roce le provocaba a la joven una humedad nunca sentida y un achicamiento entre sus piernas que le hacía saltar no el corazón sino la crica, como diría alguien de por ahí.

La joven estuvo toda la mañana dando tumbos, al mediodía comió un bocata y miró por la ventana, algo le escocía. Hoy no vio al joven Alberto, seguro quedó durmiendo porque las clases lo aburrían y es que el Alberto renegaba

de una disciplina inútil, nada tenía que aprender el que todo lo sabía. El filósofo total faltaba a clases y se aparecía cuando el rey rabiaba, es decir el decano que casi apopléjico lo ensartaba con palabrejas tan apocalípticas como no te graduarás nunca, envejecerás aquí tonto de mierda.

El joven Alberto movía la cabeza y su melena ondeada iba de aquí para allá como el péndulo de Eco y guardaba la sonrisa porque el tonto es usted que cree que los genios somos de este mundo. No lo decía pero lo pensaba y el catedrático airado le jodía la mirada desdeñosa del inflado flacucho y los mandaba tres veces a que te den por el culo. No los decía, pero lo transmitía con su mirada no irónica sino rabiosa.

Para Patricia, Alberto era único, invencible y eterno. Ella era una plumita al lado del genio de Almería. Su admirado Alberto recitaba en griego los diálogos de Platón y a veces amanecía inmerso en el logos platónico. Su Alberto parecía un querubín con mil mañas y toneladas de aciertos.

Patricia por primera vez sintió la mordedura del amor. Cómo no extasiarse con ese joven de cara lampiña, ojos grandes y pelo claro. Así fue, se perdió entre la desdeñosa mirada, la arrogante estampa y el derroche de sabiduría de su filósofo presente en su médula y sus ganglios.

Se perdió y quedó rodando como balón inútil y sus afanes se fueron al carajo porque su vulva pedía a gritos el falo del barón de los milagros.

Tanto se perdió que una tarde de discusión, vino y otras cosas, la Patricia enfebrecida se abrió como flor de primavera. Empujó con sus tetas, su pubis y su culo a ese que tanto la encabresta. Le dijo aquí estoy para lo que guste mandar y él que apenas ponía los pies en la tierra quedó helado de susto porque de hembras apenas sabía.

La joven, desbordada de osadía, le sacó el cornetín, y lo acarició con esa sabiduría transmitida a través de siglos de acoplamientos, luego la metió entre sus piernas. Hubo flojedad al principio pero el calor de la joven paró el

aguijón que la pinchó y le provocó grititos de paloma tierna, después fueron a la cama, se desnudaron, o lo desnudó y se acoplaron a como dio lugar, no había mucha música pero sí muchas ganas y los dos se olvidaron de las mil y una razones que llevan al entendimiento y se hablaron con el lenguaje único que estremece y trae olvido.

Follaron erráticos al principio, un poco más sabios a la mitad, expertos al final porque el pichón de genio abarcador era rápido en aprendizaje y cerró el examen con una succión digna de aparecer en los aportes de Gramsci. Ella no menos, lamió el prepucio y besó los huevos, testículos, gónadas o cojones que hay nombres para todos y después hizo un felatio digno de aparecer en los anales de los grandes dioses paganos.

Fue un romance especial, aderezado con los estudios trascendentales que limpian la miradas y oscurecen los juicios. La interpretación de las causas y efectos del devenir históricos provocaban a la Herminia dolor en el occipucio. La erudita sobrina pretendía que la tía bebiera del manantial prístino de un saber sin fronteras. La señora se quedaba en la otra orilla, cruzar el río de Heráclito el oscuro era más complicado que tejer un chal sin estambre.

El romance se mantuvo pero los ardores se apagaron sepultados por las ansias de Alberto. Quería ser más sabiondo que los siete sabios de Grecia, no estaba para perder el tiempo en el sexo que rebaja el intelecto. A Patricia le tembló el corazón al ver la frialdad del adorado. Sus ardores y sus amores estaban intactos pero sucumbían ante la indiferencia de un Alberto que una tarde le dijo tajante que un polvo de vez en cuando y a lo mejor menos cuando porque no podía desviarse de su metas fundamentales.

En fin, que el romance murió al poco tiempo y Patricia cayó en depresión amorosa. La tía Herminia no sabía como animarla. Le aconsejó que se

enamorara pero no que perdiera la razón por un chico debilucho y sin ganas, cosa que la tenía más que extrañada. Los tíos corren detrás los chochos, nunca en mi vida vi cosa igual, repetía la señora asombrada.

Patricia lloró mucho el abandono de Alberto pero al final las lágrimas se secaron y vino un tiempo de reflexión. La tía percibió cambios en la muchacha. La joven empezó a ser más cuidadosa en su higiene y en su aspecto. A veces usaba faldas, en ocasiones zapatillas y no botas, también se hizo un corte de pelo. Detrás de la dejadez y el abandono había una joven alta, de ojos brillantes, piel suave y melena espesa. Te veo guapa últimamente, dijo la tía al verla marchar uno de esos días después de ganada la batalla del olvido. Alberto a esas alturas del partido daba a entender que las mujeres le eran ajenas y en el horizonte se avizoraba un cambio de liga.

Después del escaqueo con Alberto Patricia fue una chica estudiosa pero no fanática, a la tía y a toda la familia el cambio sirvió para respirar tranquilos. La normalidad vino sola, nadie fue a buscarla y al poco tiempo la fortuna tocó a la puerta de los Elizondo. La niña antes tan perseguidora de una ontología sin barreras ahora se detenía en un pragmatismo consecuente. Patricia casi al finalizar la carrera los sorprendió con una relación tranquila y conveniente.

SEGUNDO TIEMPO

Patricia Elizondo se graduó de Filosofía con notas excelentes, tuvo suerte y consiguió trabajo en una empresa como asesora en el departamento de publicidad. Su trabajo no era nada complicado, era interesante. A la joven filósofa su labor le servía para llevar la interpretación de la fenomenología trascendental de Husserl a un plano elemental sin Platón y Pitágoras pero si con la visión que hay que tener para vender con gusto y premeditación. Ella analizaba, los demás se ocupaban de finalizar el proceso. Patricia era feliz, ganaba un buen salario y tenía compañeros muy preparados en el arte de vender.

Se podría decir que el mundo de Patricia era de color rosa. Casada desde hacía dos años con Raúl Ortega Martínez solo necesitaba la algarabía de los niños para ponerle punto final a una etapa sin tropiezos concebidos.

Como se sabe Patricia y Raúl se conocieron en la universidad, desde que se vieron surgió el clásico flechazo, los dos eran muy jóvenes se podría decir que guapos, también se podría agregar que inteligentes y para colmo ego y alter, buen aliño para hacer un buen caldo.

Navegar en bote con buenos remos ayuda mucho. Patricia y Raúl eran frutos de familias estables, estructuradas y tranquilas.

Los Elizondo se encantaron con el novio, después organizaron la boda de la hija mayor, Patricia tenía una hermana y un hermano que mucho la admiraban. Por su parte Raúl era oriundo de la capital, formaba parte de una

familia normal, estructurada y tranquila, era el más pequeño de tres, tenía dos hermanas mayores que lo adoraban.

La familia Ortega también participó en los preparativos de la boda, también se alegró que su joven benjamín eligiera a la filósofa Patricia, tan estudiada y desenvuelta.

Como está escrito en la versión popular de la biblia, hay tiempo de calma y tiempo de tormenta. El matrimonio tuvo un tiempo plácido donde todo marchaba. Los jóvenes exhibían un amor pleno y al parecer eterno. Ambos trabajaban, tenían amigos, salían y viajaban. Todos estaba bien pero a los dos años la flamante esposa pensó que había llegado el momento de ampliar la familia.

El tiempo de tormenta llegó cuando Patricia empezó a rechazar su condición de empleada y quiso dejar el trabajo para dedicarse a ser ama de casa a tiempo completo. Se obsesionó con tener hijos sin las ataduras de un empleo que le impidieran criarlos como Dios manda. Raúl no compartió sus ansias, quizás para un futuro cuando estemos preparados, dijo. Ella se molestó con el marido, no había que pensarlo tanto. Raúl tenía un buen salario como jefe comercial de una gran empresa, mantener la casa no sería un problema.

La joven se quejó con la tía Herminia por la actitud de un Raúl renuente a transigir. La buena tía no entendió nada pero sí barruntó que en el feliz matrimonio algo no marchaba. Sabía del amor loco de su sobrina por el apuesto Raúl pero le costaba entender el del joven. No veía mucha unión entre esos dos. Ella sospechaba que la familia de Patricia influyó en la decisión porque a su sobrino postizo la vida de rico era lo que le gustaba. La

tía Herminia alertó a la familia, todos sabían del metejón de Patricia con el Raúl, temían un descalabro.

Podría decirse que un tiempo pasó y nada ocurrió, solo que Raúl seguía en lo suyo. Hijos no. A Patricia la espera la desesperaba, no le importaba el trabajo, la buena casa, y los buenos trastos. La joven ansiaba tener hijos que apuntalaran un matrimonio que se perfilaba al cabo de dos años como una rama frágil capaz de romperse de un vientecillo.

En esa etapa fue positivista en el termino filosófico de la palabra. Se ahogó en sus conceptos, en sus piélagos de interpretaciones. Fue profunda y llegó a la conclusión de que todo es posible si la mente se dispone a controlar la negatividad. Con esa premisa se dispuso a transitar por el pedregoso camino de la realidad. Le dijo al esposo que podían hacer economía, si es posible prescindir de la empleada, vender algún objeto superfluo y adaptarse a las circunstancias. También planteó un tiempo sin trabajar, no un abandono definitivo. No hay que abundar mucho, de más está decir que Raúl se horrorizó. De renunciar al estatus, ni hablar

Después de una gran pelea y un gran disgusto, la joven aceptó una tregua pero solo por un tiempo. Ese día lloró a mares, su Raúl no la amaba de verdad. Muchos se alegraban de que sus mujeres atendieran a los hijos y estuvieran en casa, no era feminismo ni machismo, era el amor lo que permitía la complacencia.

Por su parte Raúl no concebía a su mujer en casa sin el buen salario para pagar a la asistenta y para cenar en restaurantes de lujos. Con un solo salario no llegaban ni al bocata porque había muchas deudas insensatas. Coches caros, móvil de última generación, tv ídem. Consumismo al por mayor y es que el joven vivía comprando hasta cansar. Consumía a tiempo completo

pero no era suficiente, quería más por eso se esforzaba, su meta era progresar en el trabajo. Una casa en las afueras, empleados a montones, piscina y hasta un apartamento en Marbella formaban parte de sus sueños. Una mujer metida en casa, criando hijos y sin ambición por mejorar lo espantaban en el peor sentido de la palabra.

En fin, que las divergencias trajeron aparejadas las peleas, la acritud del día a día y la distancia. Ella en su afán de apaciguar aceptó posponer la llegada de los niños pero ya era tarde. Nada pudo detener la debacle. Raúl se había cansado de soportar sus letanías maternas, su poco interés en progresar, el abandono de sus tareas laborales que la abocaban al despido y la tonta idea de ser una tonta mujer que vive para el marido, la casa y los críos.

De la Patricia filósofa ni la sombra y es que esta muchacha es más indefinida que lagrima de lagarto, decía la tía tratando de entender los cambios de la cambiante Patricia. ¿Qué caprichoso vaivén arrebató a la Patricia que ahora se enfrascaba en ser mujer de hogar, madre de varios hijos y con montones de recetas por cocinar? Esa pasión, que al marido le pareció enfermedad de ante, sacó a Raúl de sus casillas.

El querido esposo se fue, diciendo adiós. Se fue una tarde soleada con una determinación tan determinada que enfrió el alma de la llorosa muchacha. Ella entonces comprendió que un abismo los separaba y que el gran amor de su marido era el buen vivir y la fragancia que trae la abundancia.

El descubrimiento no disminuyó ni un ápice el amor que la sofocaba. El abandono la hizo más infeliz que sartén sin mango porque ese hombre tan materialista, sin filosofía integrada, tenía un fulgor que la cegaba.

Patricia Elizondo se quedó sin argumentos para asimilar la partida de Raúl. Esa vez por poco muere de verdad, por poco se suicida, por poco enloquece, casi se tira al río para a los tres días emerger muertita pero llorosa. Tan

abandonada estaba que no hubo ni canción, ni esperanza. Por no haber ni siquiera hubo palabras que reflejaran la pena y la tristeza.

Todos los días iba al trabajo de Raúl para rogarle que regresara. La joven perdió el orgullo. Se agachó como verdolaga, y lloró más que Magdalena. Se flageló como pecadora recurrente y amenazó con arder en la hoguera. Se extendió como alfombra para que la pisoteara. Prometió renunciar a los hijos y ser esclava laboral hasta que los huesos enmohecieran.

Le prometió lo posible y lo imposible. Tanto lo asedió que provocó una orden de alejamiento por hostigamiento febril. Al poco tiempo fue despedida del trabajo por su indolencia. Alegó que cambiaría, cosa que ni ella misma creía. Al poco tiempo Patricia recibió la última estocada. Raúl se casó con la hija del dueño de la empresa donde trabajaba.

Herminia estuvo todo el tiempo con la filósofa, quiso que fuera a vivir con ella pero se negó. La madre vino y le rogó que volviera a casa. La buena mujer se cansó de rogar y se fue molesta. La tía siguió lidiando con una sobrina tan al borde del barranco que casi se le caían las chanclas. Herminia no sabía como evitar la caída definitiva.

Siguió con ella como quien cumple una condena pero un día la cansó tanta moridera que le cantó las cuarenta formas de ser la egoísta que lo único que le importaba era mirarse el ombligo.

La joven que berreaba como ternera destetada paró de llorar y se sopló las narices, fue a empezar de nuevo pero se contuvo. Al otro día la buena señora la notó distinta.

Cuando la vio un poco mejor le dijo que ya podía andar sola porque ella tenía “asuntos” que atender. Después le confesó a la sobrina que tenía un novio en la acompañaba en las tarde y a veces en las noches, no quería perder su ultima oportunidad de oler un hombre aunque estuviera un poco pasadito.

Patricia al saberlo tuvo un ataque de llanto, todos conseguían cosas en la vida menos ella. La jubilada la calló al decirle que si quería un viejo se lo buscaba. Hay montones por ahí que sueñan con carne fresca.

Patricia para paliar el infortunio tuvo que hacer acopio de estoicismo total. Por suerte la tía estaba cerca. Sus padres insistieron con lo del regreso pero fracasada, abandonada y repudiada ni de coña. Dijo Aristóteles que la victoria más dura es la victoria sobre uno mismo y que la vida no es un juego. Eso no lo dijo él, eso se lo dijo el mundo que lo vio nacer.

Casi a punto de desaparecer, la joven apeló a todo su historial teórico y se enfrascó en encontrar una luz en el camino.

La joven, después de mucho llanto se decidió a poner los pies en un suelo sucio y resbaloso. Se dispuso a luchar. Pretendía renacer de sus cenizas como el ave fénix y restregarle al mundo que era dura de tragar. Se puso como meta sepultar el lamentable berrido de hoy con una bella canción de mañana. Por orgullo, rencor y esas vainas, la joven filósofa tirada al tacho de basura por las inclemencias de un abandono feroz, se planteó salir del último círculo infernal donde se achicharraba.

Patricia no supo si fue milagro o suerte pero a los pocos meses de quedar sola luchando por salir de su raquítica vida, tuvo la visita de una amiga de la infancia. Su antigua amiga vino a la capital porque una parienta le consiguió un trabajo limpiando en un súper. Livia conocía las carencias de la amiga y le habló de la posibilidad de compartir piso. A Patricia la proposición le vino bien, el dinero no le hacía falta, sus padres la proveían pero ella no quería ser una mantenida de por vida. Al poco tiempo de compartir piso, Livia por medio de su parienta, le consiguió a Patricia un trabajo en un hotel como

ayudante en la cocina.

Aceptó y lloró en el hombro flaco de la Livia que no supo si también llorar o consolarla. Ambas se hicieron confesiones con un resultado funesto. Eran más etéreas que el canto de un ángel. Tan frágiles que las dos optaron por alimentarse porque si morían ni al paraíso llegaban.

TERCER TIEMPO

Patricia empezó en el hotel, no le gustaba lo que hacía pero el tiempo, para bien o para mal, hizo lo de siempre, fomentó la costumbre. Por eso no le extrañó que Berta, la encargada del servicio de habitaciones, la llamara, ella y Berta eran amigas y de vez en cuando cotilleaban.

—¿Cuáles son las noticias de hoy?—preguntó.

—Deja el entusiasmo, te llamé porque te busca la jefa—le dijo Berta.

—¿Qué quiere esa?

—Creo que Agustina cogió la licencia por maternidad. Hace falta que alguien se ocupe del servicio de habitaciones.

A Patricia el corazón le dio un vuelco, la noticia fue inesperada pero vino en el momento justo, se sentía al borde del ataque porque estaba hasta el gorro de fregar, limpiar y mover la sartén para que Ramiro se limpiara las narices. Se había adaptado a un trabajo que nada tenía que ver con la filosofía pero de cocina seguía sin saber nada.

Desde que llegó su vida fue un tormento, el olor a frito la asqueaba, los calamares la ponían enferma. Las chácharas, las peleas, las conversaciones y las controversias en yo cocino mejor que tú hacían que la antigua teórica del surgimiento del ser se sintiera más aplastada que un puré de patata. Ya no soy la que era entonces, corazón en primavera. Eran versos recordados en momentos de desesperanza porque debía poner cuidado en sostener el escurridor de las pastas.

Ramiro era bueno en el sentido bueno de la palabra pero tenía obsesión en mantener sus honores de cocinero de alta cocina y ella era como Lady Carolina pero en lugar de abanicar al Lord de las cazuelas, lo adulaba para que sus platos fueran recibidos en el restáurate con un ¡Oh! asombrado y es que tanto derroche de buen gusto provocaba orgasmos en cadena. Probar gotitas de crema verde con trocitos de calamar para después regresar a casa con más hambre que un faquir era más excitante que un un buen coito mañanero.

Todavía la noticia no era cierta pero la antigua discípula de Platón se puso como cenicienta con baile. Cada cuatro segundo se asomaba para ver si aparecía la estampa de la real jefa para darle la buena nueva. Casi al terminar su turno el cuello estaba torcido, la falda estirada hasta más allá de las rodillas y el gorro casi tapándole un ojo y saben qué, casi cuando el desaliento pinchaba como picotazo de cuervo llegó la Rosa para decirle que a partir de mañana te ocupas de hacer el trabajo de Agustina. Ella se va mañana así que habla para que te explique lo que tienes que hacer.

La real Rosa la miró, frunció el entrecejo.

—Hija tienes una facha. No sé cómo estás aquí, porque si por mí fuera de fregona no pasabas. Debe ser verdad lo que se comenta.

—¿Qué se comenta?

—Que te tiras a Mauricio.

—Es cierto, me da cada meneos en el almacén que cuando salgo no veo.

La Rosa estuvo a punto de reír, la pinchaba con todos los agujones de su alforja pero esta tía era más rara que una soprano calva.

Rosa la miró por última vez con esa mirada vaga que más o menos quiere decir: estás loca Patricia.

No era verdad pero a ella no le importaba que lo pensarán, al contrario esa

imagen iba acorde a la Patricia de hoy pero la realidad era que jefe del departamento económico andaba loco tras ella. A pesar de que Patricia llevaba un montón sin verla en persona su experiencia traumática le impedía el acoplamiento fácil. Livia y su tía Herminia bramaban, todos los días conspiraban y hacían planes para enredarla con alguien. La última vez fue cuando le presentaron a Ovidio, un arquitecto hijo del novio de la tía. El hombre fue atento, amable, hasta simpático. Tan agradable lo vio que se esforzó y una noche se fue con él a la cama. No pudo hacerlo no se le erizó la...nuca que pensar apurado, trae problemas. Patricia lo intentó tres veces pero fue inútil, el hombre frotaba y ella seguía más seca que abedul en invierno. No se le paró ni la ceja, no se le mojó ni la garganta. Desistió. Hasta ahora sigue igual, sabe que la tía y Livia quieren que vea a un sicólogo pero ella no está para contar intimidades. Simplemente no tiene ganas de sexo, a lo mejor con el abandono de Raúl sus hormonas también se fueron. En realidad no quiere ir a buscarlas, tenerlas sería un estorbo.

Entre Mauricio y ella solo hay muchas ganas por parte de él y amistad por parte de ella, nunca se ha planteado acostarse con él. Mauricio el tiene una novia a quien ama y ella no tiene a nadie a quien amar, así que los achuchones entre detergentes, fregonas y productos para limpiar váter no van. La Patricia de ahora quiere ser distinta para serlo tiene que despojarse de ese tonto culto al amor. Le paraliza el esqueleto meterse en una cama con alguien sólo por meneos compulsivos.

En realidad no sabe si el metejón de Mauricio contribuyó a que la cambiaran pero si así era pues a disfrutarlo porque las oportunidades no aparecen todos los días.

A los dos días y después de un breve adiestramiento por parte de Agustina,

Patricia comenzó a llevar los pedidos a las habitaciones. No fue princesa liberada pero sí una trabajadora más a gusto. Ahora su estampa era impecable, andaba sola por los pasillos con bandejas o carritos. Iba de un lado a otro eficiente, amable y casi feliz porque ya no tenía que aguantar las zozobras de Ramiro que con sus platos minúsculos no saciaba ni a un pajarito pero si saciaba las vanidades que llevan muchos en el bolsillo.

Patricia estaba contenta con su nueva tarea, al poco tiempo aprendió todos los entresijos de su nueva labor.

A la semana se desenvolvía fenomenal. Una mañana después de llevar los primeros pedidos, mientras esperaba, le extrañó la sonrisa pícaro de Berta.

—¿Viste al tío del tercero?—le preguntó Berta.

—No, ¿por qué?

—Es un bellezón, llegó esta mañana. Ya lo verás, te envidio, a lo mejor tienes que llevarle algo.

—¿Cómo es?

—Es alto, parece un modelo de revistas. Tiene una melena de león, unos ojos verdes que paralizan, un cuerpo espectacular.

—Seguro es un vanidoso—dijo Patricia—con tipos como esos mejor ni soñar.

—A mi me aclaran la vida—dijo Berta—, refrescar los ojos es bueno.

—Estoy de acuerdo pero lo mejor es tener los pies en el suelo, a mi no me interesan.

—¿Cómo te va con Mauricio?

—¿En que aspecto?

—En qué va ser, en la folladera.

—Nos va bien, ayer lo hicimos en váter.

—Ten cuidado con tus mentiras. Mauricio tiene una novia que si se entera te

arrastra por todo el hotel.

—No fomento nada son ustedes los que se aburren y se la pasan inventando, a mi no me importa mi reputación y esas vainas, ya veo que gozan con pensar que follo por los rincones

Berta la miró de la misma forma que la miró la Rosa y que más o menos quiere decir: estás loca Patricia.

Ella sabía leer los ojos, se daba cuenta que estaba a punto de parecer una jodedora profesional pero su comportamiento de ahora era el único modo de aliviar la rabia que le atravesaba el pecho. Su Ortega se convirtió en ortiga, la filósofa formada en el oficio de mirar a través de un montón de teorías dadas a explicar la razón de lo humano y lo divino era un amasijo de bifurcaciones tortuosas que no conducen a ningún lado. Patricia sabía que era otra.

Lo que Berta le dijo del modelo bello lo olvidó de inmediato, puso el pedido del señor Marcel en el carrito. Marcel, era un oriundo de Francia que venía todos los veranos a pasar unos días en esta ciudad que le recuerda su juventud porque aquí vivió un tórrido romance con una cupletera famosa y es que el señor Marcel tiene más años que una tortuga marina.

Patricia subió con el carrito, caminó por el largo pasillo y tocó a la puerta.

—Entre jovencita.

Ella empujó llegó al centro de la habitación, saludó y sonrió al anciano que parecía un pergamino egipcio. Casi se desintegra, se dijo al verlo levantarse.

—¿Me trajiste la viagra?

—No había —dijo ella disimulando la risa.

—Te dije que hoy te echaba un polvo como dicen ustedes.

— No la encontré, a cambio le traje su sopa de cebolla.

—Está bien, otro día será. Deja eso ahí, ven acá.

Ella se acercó.

—¿Dónde te la pongo?—preguntó Marcel.

—Aquí—dijo ella.

—Acércate más.

Ella dio unos pasos él levantó un brazo escuálido metió el dinero en el bolsillo de la blusa, luego acarició la teta con los ojos cerrado.

—Está dura—murmuró—, vete.

Patricia se dispuso a marchar.

—No se olvide de tomar la sopa—dijo antes de salir.

—No te preocupes, ahora la tomo y doy una vuelta por la plaza.

—Tenga cuidado.

—No jodas, no soy un viejo.

Se fue con la sonrisa y la certeza de que uno puede ser lo que los demás quieren que seas, el señor Marcel era feliz cuando imaginaba que la muchacha que le lleva la sopa era aquella que una vez le alegró el corazón y la verga. Galopar en busca de lo perdido era uno de los pocos gustos que podía darse.

Bajó y fue directo a la cocina donde Berta la esperaba con otro pedido.

—¿Cómo te fue con el viejo?

—Quiere que le lleve la viagra.

—Le gusta joder, te lo dije, Agustina siempre salía muerta de risa.

—¿Quién me toca?

—La señorita Mary quiere un steak y un chico.

—Joder, esa si está de atar. ¿No tenemos clientes cuerdos?

—El que tiene tipo de modelo parece normal. Quiere una ensalada, queso y vino. Te lo preparo para después que atiendas a Miss Mary.

Salió de nuevo, en el camino se topó con Mauricio, la miró goloso.

—Tengo que verte—dijo en un susurro.

—Deja la tontería, no insistas más

—¿A qué piso vas?

—Al quinto.

—Lleva eso y esperame al final, tengo un buen lugar.

Patricia subió, entró a la habitación de Miss Mary.

—¿No lo trajiste?

—Hoy no pude, veré si mañana lo consigo.

—Lo quiero bien trigueño, de ojos negros. Dile que pago bien.

—Lo diré, no se preocupe.

—Sueño con acostarme con un joven español, la tienen bien dura, saben usarla.

Patricia escondió la risa. Miss Mary era todo un personaje, venía los veranos a follar con chicos, decía ella pero todos sabían que era solterona y que nunca se había atrevido a tocar una verga, sin embargo, era un poco parecida a ella, le encantaba presumir de putona. Le encantaba parecer esa que no es.

Una vez le hicieron caso y le trajeron a un joven, la Miss al verlo por poco sale corriendo, los chillidos se escucharon por todo el hotel. La idea le gustaba pero nunca se atrevía, no por miedo a los hombres sino por una timidez incontrolable.

Patricia no follaba porque no quería pero Miss Mary estaba loca por probar el bocado celestial que satisface todo el cuerpo.

—¿Se atreve?—preguntó Patricia.

Miss Mary se retorció las manos, miró con cara de angustia.

—Lo intento pero no puedo.

—Qué le parece si lo entramos de noche, usted apaga la luz, se encuera y espera. No lo verá, ni tendrá que hacer nada, solo abrir las piernas. Manténgalas abiertas hasta que se la metan, lo demás vendrá después. No

tiene que pagar nada, un polvo es un gusto, no hay que cobrar por eso.

—Es que me da tanta pena.

—No tiene por qué tenerla, follar es rico, morirse sin haber follado nunca es un pecado. ¿De acuerdo?

—Si—dijo la americana con cara de llanto.

—Haga lo que le digo, de todas formas yo la llamo para avisarle.

Patricia salió de la habitación de Miss Mary y fue donde Mauricio. Le preguntó si Guillermo el auxiliar de limpieza estaría dispuesto a cumplir un encargo. Acto seguido explicó su plan. Mauricio controló la risa. Es una buena obra dijo la filósofa, cada día está más loca, es capaz de morirse de ansias.

—Te demoraste, te espera el modelo, después me cuenta.

Subió a llevarle el vino, el queso y la ensalada a ese guapo hombre del que tanto Berta hablaba. Tocó con cuidado, sintió los pasos que se acercaban, la puerta se abrió y la filósofa quedó perpleja ante ella tenía a un hombre alto envuelto en una bata de baño color granate pero lo sorprendente era que la melena de león de la que tanto habló la Berta no había huellas, solo cuatro grechas, parada en el centro de un cráneo pelado redondo y brillante.

—Adelante—dijo el hombre con burla.

Patricia entró con cautela, pensó haberse equivocado pero no porque el tío era alto, fuerte, tenía ojos verdes y un aspecto imponente.

—Mírala allí—señalo con la vista la peluca que descasaba en la mesilla.

—Es bonita—dijo ella por decir.

—¿Y esto?

Se quitó la bata y se puso frente a ella, la filósofa se maravilló, nunca vio algo tan hermoso, el cuerpo por supuesto, pero lo otro colgaba en reposo,

custodiado por dos señores huevos.

—¿Como me ves?

—Fantástico. Vírate, quiero ver tu culo.

El sonrió con regocijo, se volvió y tanta hermosura la sobrecogió. El se volvió de nuevo sonriente.

—No te entusiasme soy maricón, mi pareja está al llegar, así que mejor te vas.

—Es una pena—dijo ella—. ¿No te van las chicas ni por curiosidad?

—No.

Salió, sonriente, caminó por el largo pasillo buscando el ascensor. Al llegar, un hombre delgado de aspecto enfermizo salió. El hombre que parecía un moribundo la miró. Sin saber por qué a Patricia no le gustaron nada los ojos del hombre amarillento. Tiene mirada de buitre, se dijo al bajar. Al salir del ascensor se alegró de no tener que llevarle nada a ese señor.

Patricia se olvidó de inmediato del hombre. Al final de la jornada se dijo que había sido un día un especial, el gay de la peluca era todo un personaje.

Antes de llegar a su piso la joven fue a ver a la tía Herminia, le contó de su día laboral, le habló de Miss Mary y de la cita esta noche, la tía se moría de la risa. Repetía ahogada que nunca había escuchado nada igual. Este mundo de hoy es un pandemónium, dijo.

— ¿Tía de donde sacaste esa palabra?

—De ti, tantos años lidiando con tus rarezas algo se pega.

Al llegar a su piso Livia no estaba, supuso que andaba con su novio polaco, un rubio triste que colocaba mercancía en un súper. A parecer eran felices, de vez en cuando dormía con ella. Su compañera de piso también hacia gala de una tristeza de ex prisionera de Mauthausen, se conocían desde el cole pero

Livia siempre le pareció fantasmal. Se querían como hermanas.

Esa noche Patricia hizo dos llamadas, una a Guillermo, otra a Miss Mary. Se durmió un poco intranquila, temió que la americana tuviera uno de sus ataques de pánico y despertara a todo el hotel.

Al otro día al despertarse la inquietud la atacó de nuevo, le tocaba entrar a las dos pero no podía esperar tanto para saber si algo pasó por eso llamó a recepción, preguntó con disimulo si todo andaba bien respiró cuando Lorenza le contestó que fenomenal. Se tiró de nuevo en la cama, no había dormido muy bien. Sintió a Livia en la cocina, se levantó.

—¿Hiciste café?

—Si, pensé que dormías.

—Trato de hacerlo pro ando asustada.

—¿Por qué?

Patricia no quería contar lo que había planeado, temía a Livia. Su amiga la recriminaba porque andas por ahí como vendaval sin rumbo. La delgaducha quería que Patricia fuera una normal de este mundo nada normal. A Patricia los empeños de la superviviente le daban escozores. Soy filósofa, decía como si eso en lugar de una carrera en desuso fuera un escudo contra las batallas cotidianas. La joven no quería contar su plan con Miss Mary pero la zozobra se lo impidió, lo contó y vino lo que tenía que venir. Desde irresponsable, ave tonta y peligro nacional, hasta cabeza dura y descerebrada porque puedes perder el empleo con esa gracia.

—Tienes razón amiga—dijo Patricia contrita —pero que quieres que haga, soy una veleta que el viento arrastra, no tengo arreglo.

—Es hora de que te busques un novio, no me canso de decirlo.

Caray con la Livia, no era su compañera de piso era su madre, su padre, sus hermanos, la tía y toda la parentela junta. ¿Qué metiste en tu casa?

Caray con la Livia que después de soltarle un discurso nada filosófico, le dio el café, la abrazó y le dijo que no se preocupara que no iba a pasar nada.

—Esa señora le hace falta un buen revolcón. Hiciste bien.

Y se fue a vestir porque se le hacía tarde y mucho tenía que limpiar en ese súper donde la gente nunca deja de comprar.

Patricia trató de volver a dormirse, lo hizo a destajo y con pesadillas, Cuando se levantó tenía la cara abotargada y los ojos opacos. Se dio una ducha y se frotó con fuerza para eliminar la soñolencia.

Al salir del baño miró la hora, se vistió, tomó café de nuevo, se asomó a la habitación de Livia. La habitación se veía recogida, impecable. Patricia se avergonzó, su amiga era tan equilibrada, tan tranquila que la hacía sentir como una hoja desprendida. Patricia no sabía como su amiga la aguantaba. Muchas veces tenía que ser ella la que limpiara el piso y lavara la ropa de las dos.

Livia le peleaba como si fuera su madre, se preocupaba, temía se desencolara del todo. La tía Herminia y Livia estaban seguras que en algún rincón del cerebro algo no le funcionaba por eso hace poco con disimulo le aconsejaron un siquiatra.

A Patricia no le molestó la insinuación, al contrario, le interesó. A lo mejor lo necesitaba. La tía Herminia y Livia le tomaron la palabra y le acordaron una cita con un siquiatra muy pero muy sabido. Las dos benefactora pensaron que una buena atención médica pondría punto final a su comportamiento errático. A la tercera consulta Patricia dio signo de mejoría, eso pensaron al verla tan arreglada, tranquila y elocuente. Livia y Herminia se aterraron, a los pocos días el siquiatra llamó para decir que la paciente no tenía nada. La tía Herminia fue a hablar con el médico. El pobre le dijo que la muchacha se la

pasaba dándole clases de filosofía y dándole consejos para que su matrimonio funcionara. El médico después de disimular su disgusto confesó que la ex filósofa tenía un cerebro privilegiado y que de loca nada de nada. Un poco de inmadurez, dijo, ya vendrán los cambios, necesita tiempo, afirmó.

Patricia dejó de dar vueltas, pensó en Miss Mary y sonrió, ser cuerdo es una carga pesada y recordó al siquiatra que la atendió cuando sus guardianas la creyeron desajustada. Era guapísimo, creyó que con él sus hormonas aparecerían pero ese tampoco le paró nada, se dijo al salir. Bajó al garaje, subió al coche, condujo despejada. Llegó al hotel y fue directo donde Berta, ésta la recibió sonriente.

—Mauricio te ha estado buscando—dijo Berta.

—¿Para qué?

Berta la miró con esa mirada burlona.

—Tú sabrás, a lo mejor cree que el asedio te ablandará.

—¿Tan temprano? Los coito mañaneros traen tranquilidad en el día y cansancio en la noche.

Berta la volvió a mirar, esta vez con fastidio.

—Acaba de darle el sí, anda como un desvariado.

—Si le digo que sí todos los días.

—No me jodas.

—Le digo que sí pero con una condición, que me la meta en la oficina del gerente. No sé por qué se niega.

A Berta la risa le salió sin control, en el fondo las salidas de Patricia eran como lluvia fresca. La joven andaba por este mundo tan desencolada que más

que crítica lo que provocaba eran curiosidad y complacencia.

—¿Sabes que?—dijo Berta—.Estas contagiando al personal, todos viven pendientes de tus rarezas. Hoy mismo el hotel anda anda patas arriba. Miss Mary amaneció cantando el Ave María.

— ¿No me digas?

—No te hagas, todos saben que anoche le dieron un revolcón épico y que amaneció dando propinas a todo el mundo.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Patricia no disimules que nos conocemos.

—Anoche dormí fatal, estaba asustada.

—Pues mira, Miss Mary ha estado preguntando por ti.

—¿Hizo algún pedido?

—No, la vieron salir más fresca que lechuga tierna. Parecía un pavorreal.

Patricia respiró aliviada.

Subió con el primer pedido de la tarde, fue dispuesta y relajada. Tocó, un hombre de mediana edad rollizo y rojizo se asomó. La miró con detenimiento, abrió la puerta, dentro estaba otro hombre, más joven, más delgado que también la miró con detenimiento. Parecen gánster, se dijo la ex filósofa sacando algún recuerdo de aquella etapa en que vivió harta de libros. Se apresuró a servir.

—¿Cómo te llama? —preguntó el rechoncho.

Ella sacó su sonrisa de empleada eficiente.

—Almudena Delgado.

—¿Te burlas?

—No, para nada.

—¿Eres de aquí?

—Claro, vivo en los bajos.

—¿Conoces este lugar.

Ella miró el móvil que le enseñó el más delgado.

—Si, pero...

—¿Pero qué?

—Es una zona de gente muy rica, está un poco apartado pero en taxi llegan de inmediato, ahí lo dice.

—Aquí lo dice todo pero queríamos que nos lo dijeras tú—afirmó el más rechoncho—, —¿Quieres acompañarnos? pasaremos unos días allí. Pareces ser buena compañía.

—No lo creo, miren aquí—indicó con el índice el ojo derecho—, aunque no lo parezca es postizo. Me falta el ojo y una teta. Me quedé lisiada después de un accidente. No soy buena compañía, la cadera se me desencola cuando bailo. Lo siento.

Se dio la vuelta y salió con apuro y rabia. Llegó donde Berta echando humo por las narices, dijo barbaridades de esos cabrones que me vieron cara de tonta.

—¿Qué te pasó?—preguntó Berta.

—El grasiento y el elegante me invitaron a pasar unos días con ellos.

—¿Quiénes son el grasiento y el elegante?

—Los del tercero, esos que pidieron Vodka y caviar.

—Muy ricachones, son los dos. Unos días con ellos sería fenomenal.

—No me jodas Berta, con esos ni dos pasos, tienen cara de matones.

—Anda, que la cara no hace al hombre, a lo mejor y son almas de Dios.

—No me vaciles, esos se parecen a Luciano y Capone.

—¿Quiénes son esos?

—Unos delincuentes de cojones, te pongo la rima para que te acuerdes.

Y peleando se fue a llevar el consomé al señor Marcel que la recibió con la pregunta de siempre.

—Se la traigo mañana—le dijo.

En anciano se acercó con su andar de hoja seca y la miró con ojos acuosos y tranquilos.

—De verdad que no quieres hacerlo conmigo.

—Si usted pudiera si.

—Yo puedo, a lo mejor con el primer sable no pero con la espada sí.

—Ni esa se le levanta.

—Tienes razón, estoy hecho polvo.

—A lo que íbamos, te noto molesta.

—Es que todavía algunos se se creen que las mujeres somos el hueco supremo y nada más.

—No me digas que no lo son—dijo el Marcel tan viejo como la Torre y tan jodedor como Ferdinand.

—¿A usted nunca en su larga vida, bien larga por cierto, le han hecho una proposición deshonesta?

—A mí montones. Una vez una chica me dijo que la lamiera su cosa.

—Eso no nada deshonesto.

—Claro que no lo es pero resulta que era delante de un montón de gente, fue en una fiesta.

—¿Lo hizo?

—Lo iba a hacer pero no me dejaron. La chica estaba borracha, era mi mujer. Se hizo un silencio en que los dos percibieron a través del cristal las verdades ocultas que aparecen sin querer. Es hermoso ver la fragilidad que envuelve el esfuerzo por lograr una sonrisa duradera. La nostalgia acelera el pulso y los recuerdos ganan la última partida. Patricia se acercó y puso un beso de hija en la mejilla de pergamino antiguo, la joven quiso mirar también a la chica que

ahora mismo le vuelve a pedir que se lo bese y él lamenta no estar allí para complacerla.

El último pedido antes de irse fue a Miss Mary que insistió en verla. Esta vez no pidió su steak, según Berta quería adelgazar, esta vez pidió una ensalada y zumo de naranja. —Hoy se muere de hambre pero con gusto porque todo indica que la visita se repite—dijo Berta,

—¿Cómo lo saben?

—Todo el mundo está al tanto menos el gerente. Guillermo está que no cabe, ese estaba también pidiendo un coño por seña, dos buenos se han juntado—Miró a Patricia—. Por lo visto Mauricio, no te buscó más

—No, me dijo que tenía reunión.

—Me extraña —dijo Berta—, a lo mejor tuvo problemas con la novia.

—Eres muy novelera—dijo Patricia con ánimo de joder—, vive tu vida, se ve que el pobre Manuel no te entretiene.

Berta tenía pareja desde antes del diluvio. Se casó temprano y pronto tuvo dos hijos que ya tienen novias.

—No andes por ahí que mi Manuel no es tu Ortega, nos queremos pero...

—¿Pero qué?

—Que a veces una se aburre un poco y haces cosas.

A Patricia la curiosidad le picó.

—¿Qué has hecho Berta María Hernández y Luján?

—Nada.

—¿Nada? Esa cara no es de nada.

Berta miró a Patricia con ganas de soltar algo muy gordo.

—Una vez viví un romance.

Patricia abrió los ojos, esos ojos bellos y vivaces que le daban aire de diosa antigua, después los cerró y los apretó con fuerza. Los volvió a abrir.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo fue aquí mismo.

—¿Aquí?

—Si, fue hace unos años, yo hacía lo que tú llevaba, el servicio a las habitaciones y pasó lo que no tenía que pasar.

La buena Berta hizo una pausa, respiro fuerte para después de decir que una mañana le llevó el desayuno a un recién llegado que se alojaba en una habitación del quinto piso. Al tocar la puerta se erizó toda al ver al hombre que le abrió. No es que fuera apuesto, eso saltaba a simple vista, sino porque era encantador. Cosa de lo que la Berta también se percató. El hombre encantador le dijo que entrara, ella le sirvió mientras de reojo saboreaba al hombre mas elegante y gentil que nunca antes sus ojos vieron. También se percató de que encima de la cama había un violín. Le preguntó y resulta que el gentil hombre era un violinista checo. Un músico de altura y ahí cayó la buena Berta que al poco rato y saber cómo el violinista se la metió con un toque de violín que la ensordeció de gusto.

—¿Un violinista checo?

—Si, de allá mismo.

—¿Y así sin ton ni son te la metió?

—Nada de eso, hubo bastante son y ton. Fue todo un concierto.

—Corriste un riesgo.

—No creas, creo que mi checo estaba acostumbrado a esos lances, se puso protección.

—Caramba Berta, qué emoción. ¿Repitieron?

—Al otro, día caí de nuevo. Por suerte al tercer día se marchó.

—No as sabido más de él.

—No. Fueron dos gustazos, nada más que eso. Mi Manuel es lo mejor.

Patricia se marchó envidiando a la Berta, un violinista checo. Vaya experiencia, se dijo.

La joven dejó de pensar en lo que le contó la amiga, se apuró, tenía ganas de terminar para irse a dormir que anoche durmió mal. Miró la hora, a las diez terminaba su turno, le faltaba poco.

—Aquí tiene su ensalada—dijo al entrar.

Miss Mary fue hacia ella la abrazó y le dio dos sonoros besos.

—¿Abrió bien las piernas, como le dije?

—Todavía las tengo abierta, ese hombre fue un león, me estrujó toda la noche.

—¿Le dolió?

— Si, pero fue un dolor tan gustoso que casi ni fue.

—¿Hizo todo lo que le dije?

—Todito pero no creas, casi estuve a punto de arrepentirme pero de repente sentí que alguien se metió allá abajo y me hizo una barbaridad. Me puso tan loca que empecé a gritar sin parar.

—¿Gritar?

—A lo mejor desperté a las personas pero no podía contenerme, grité como las gatas. Con ese hombre hablé en varios idiomas

—Joder Miss Mary, cuanto me alegro

—Te debo un buen regalo.

Trabajo le costó negarse, era una barbaridad lo que quería darle la buena mujer. Patricia no quiso, aceptó una bobería por no hacerle un feo y es que el mejor regalo era verla tan feliz porque tenía novio.

A Guillermo no le gustaba América pero a Mary sí le gustaba España así que pasaría mucho tiempo aquí. Esperaba convencerlo con el tiempo, un viajecito

a San Francisco, no le vendría mal.

CUARTO TIEMPO

Patricia movió la cabeza molesta, desde temprano estaba en esta dichosa casa. ¿Quién dice casa? Aquello era un palacete ecléctico donde reinaban el rococó, art nouveau, gótico, manierismo, modernismo, post modernismo y todo lo que oliera a ismo. Tanta divergencia la sumían en su etapa filosófica: para qué tanto alarde si con un buen sofá y una poltrona cualquiera resolvía. La ex filósofa no estaba molesta por los trastos, candelabros, bronce, estatuas y muchas cosas más, lo que le desarmaba el hipotálamo era el temor. No le gustaba el ambiente, no le gustaba la gente y menos le gustaba que Capone y Luciano estuvieran presente.

Ayer Berta le confirmó su participación en el servicio de catering porque Alicia no podía ocuparse. Resulta que ahora cada vez que hay un descuido tenía que salir ella a remendarlo. Se sentía como apaga fuegos, últimamente era multiuso, de simple limpia frente del cocinero ahora también se ocupaba de los catering, las habitaciones y cualquier otra encomienda que se apareciera. Ciertamente le hicieron un gran favor al colocarla en el hotel sin saber nada de nada de hotelería y esas vainas para buen precio tenía que pagar.

A la joven el corazón le saltaba y ella que lo conocía sabía que algo andaba mal. Desde que llegaron esos gánster, el miedo no la dejaba quieta. A veces viraba la cabeza y los veía en algún rincón hablando y mirando hacia donde estaba ella. Ya había ido al baño a inspeccionar si le había salido otro ojo o algún cuerno en la frente, no se vio nada. Se veía igual que siempre: el pelo

recogido en un moño, el gorro, la blusa blanca y la falda.

La fiesta de Alipio empezó desde temprano, la fauna era más extravagante que un poema dadaísta. Mujeres con cuellos de jirafas, hombres vestido con trajes plateados. Capas bordadas con hilos dorados. Algunos parecían sultanes sacados de algún libro de cuentos no contado y más allá en los rincones los modernos se apretaban y se pegaban como papel al muro. Dentro de la casa la música empezaba a desbordar las paredes, un DJ calvo se movía como poseso. Alipio, el anfitrión cumplía años. El excéntrico personajes andaba como ave insigne, luciendo su cresta azul, su cara empolvada a lo Luis XV y sus zapatillas rosadas.

Ya a esa hora la bebida y otras bondades hacían de las suyas. En los jardines también se bailaba y en las piscinas muchos se encueraban y se tiraban. ¿Orgía? Que va, vieja palabra para nombrar el desafuero que ya se perfilaba.

—Esto se pone color de hormigas—dijo al responsable—, Genaro la miró indiferente, estaba acostumbrado.

—Nosotros estamos aquí para servir, no para mirar. Aplícate eso, te conocemos, así que tranquila.

Patricia volvió a su sitio más molesta que ahorita. Ella no estaba acostumbrada, a pesar de sus rarezas era una chica victoriana, no confundía la peste con el olor.

Patricia bebió agua, respiró fuerte y siguió sirviendo a los que todavía tenían hambre porque la mayoría ya estaba harta y lo que consumía eran vinos, cocteles, vodkas, rones y mucha otras bebidas y por beber que el jolgorio apenas empezaba. Pasó un rato ensimismada en lo suyo, no quiso mirar más a su alrededor. Al cabo de unas horas la Patricia sintió deseos de orinar, pidió permiso para ausentare un momento. Fue al baño pero resulta que las gana apremiaban y el lugar estaba lleno de mujeres meonas que también

vomitaban.

Salió y buscó con la vista, decidió subir por la imponente escalera, caminó por un pasillo abrió una puerta y se asomo. Joder que quedó sin tiempo a respirar porque un brazo largo la arrastró al centro de un salón donde sentados alrededor de una mesa redonda como la de Arturo y Lancelot estaban unos tíos que la recibieron sonrientes, más que nada el Luciano, delgado y elegante que con gula la observó.

A Patricia las piernas le temblaron, tanto se asustó que las apretó para ayudar a su esfínter y así impedir que el orine saliera sin control. Tan aterrada estaba que sin saber por qué empezó a soltar disparates.

—Me falta una teta—dijo temblorosa—tengo un ojo postizo, metales en una cadera.

La risa estalló y ellas casi lloró al decir que no tengo la chicha vertical, sino horizontal. La risa se hizo estruendo de galanes arrobados por una chica que tales disparates soltaba.

Luciano se levantó, fue hacia ella con su cara de gánster y le habló en español, en italiano, en inglés, en ruso y hasta en haitiano pero la Patricia a esa hora no entendía de idiomas aledaños. En ese momento solo entendía de susto y de rabia al pensar que harían festín de brujos con ella. Por eso sin pensarlo dos veces dio una patada en sus partes al gran Luciano y una mordida feroz a ese otro que quiso agarrarla.

Como un bólido corrió hacia la puerta dejando pasmado a esos seis que del asombro no salían.

Patricia no se detuvo, buscó su bolso, fue al baño, empujó a una y orinó apurada. Después asomó la cabeza, miró por todos lados y salió como un vendaval. Corrió por el jardín, llegó al portón, dijo al portero que quería salir pero éste se negaba entonces se dio cuenta que un coche estaba detrás, un hombre alto y elegante salió y le invitó a subir.

—¿Me llevas para matarme?

El hombre sonrió.

—Te llevo porque a esta hora es muy peligroso andar sola, si quiere te dejo en un lugar más céntrico para que pueda coger un transporte.

Patricia dudó unos segundos, por lo menos este hombre no tenía pinta de mafioso, si lo era lo disimulaba bien.

Subió miedosa y arrepentida porque subir a un coche con un desconocido en mitad de la noche no era muy conveniente en estos tiempos donde todo andaba suelto.

—Tranquila, no voy a comerte—dijo al hombre.

El portero abrió y el coche salió despacio, luego aceleró. Patricia con la poca claridad del jardín no pudo ver bien el rostro del hombre, tampoco ahora lo veía bien pero al encender un cigarro, se dio cuenta de que era todo un ejemplar.

—Me parece haberla visto—dijo el hombre.

—Soy del servicio de Catering—contestó ella.

—Te vi correr. ¿Huías de alguien.

—El hecho de hacerme un favor no le da derecho a ser tan preguntón.

—Disculpa, no quise molestarte.

Patricia quedó callada, se arrepintió de su brusquedad. El hombre parecía todo un caballero, la joven se lamentó, últimamente andaba dando tortazos por cualquier cosa. Tenía que controlarse.

—Disculpa—dijo—, es que todavía llevo el susto dentro, creo que unos tipos me querían secuestrar.

—¿Secuestrar?

—Sí, y no crea que estoy loca, últimamente tengo mis arrebatos pero no es locura. Estoy segura que me querían follar y después llevarme a un pantano. Lo siento aquí—se puso la mano en el corazón—, tenían pinta de mafiosos.

Patricia se percató de que el hombre la escuchaba con interés.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Lo pensé porque noté que esos tíos se habían metido cosas además...

—¿Además qué?

—Que allí estaban los dos que hace dos días se hospedaron en el hotel donde trabajo, esos cabrones ese día me invitaron a irme con ellos.

Patricia de nuevo sintió el susto en el cuerpo. A lo mejor la lengua se le había soltado demasiado, de ese hombre no sabe ni el nombre. La apariencias engañan. Quien quita que sea uno que también secuestre, mate y tire en los pantanos.

—El hombre se ladeó y le sonrió.

—No te asuste, no voy a comerte aunque podría hacerlo, eres muy guapa.

Ahora sí que el corazón por poco se le sale a la Patricia.

—Déjame aquí mismo—casi grito.

El hombre se arrimó al contén y detuvo el coche. Patricia quiso abrir para tirarse pero el la contuvo con fuerza.

—No seas chiquilla—le dijo—, no te haré ningún daño, solo quiero hablarte sobre lo que me has dicho.

El hombre con una mano la sostuvo, con la otra buscó en el bolsillo de su pantalón. Sacó una placa, se la enseñó.

—Me llamo Ernesto Almagro, soy policía.

La soltó, Patricia se frotó la muñeca, miró la placa, respiró.

—¿Que hace un poli en esa fiesta de estafalarios?

—Lo mismo que tú, trabajo. ¿Cómo te llamas?—preguntó.

—Patricia Elizondo—contestó desconfiada.

—Relájate Patricia, quédate tranquila, como te dije solo quiero saber algunas cosas.

—Discúlpame, a lo mejor crees que soy una cobarde pero no es eso es que vi

bien claro lo que pretendían, eso me aterró.

—¿Por qué estás tan segura?

—Ya te dije, en esa fiesta me encontré con los que me propusieron irme con ellos. Estoy segura que lo hicieron por alguna razón. Al verlos en la fiesta y notar que se la pasaban mirándome me reafirmó en mis sospechas.

—¿Qué sospechas?

— Aunque no me creas desde el principio tuve la impresión que soy el tipo de mujer que le gusta a alguien. Se me metió en la cabeza de que me querían secuestrar para venderme.

El policía llamado Ernesto Almagro quedó pensativo unos segundos,

—Aunque no me creas te creo muchacha. Hace tiempo que estamos tratando de llegar a un grupo que se dedica al tráfico de drogas y trata de blanca. Esa banda o grupo por lo general opera en estas fiestas. Tenemos denuncias de muchachas desaparecidas. Hace poco apareció una muerta al parecer trató de escapar y la mataron.

Patricia escucho y se le erizó el espinazo, caramba, estuvo a punto de ser secuestrada, usada y hasta matada. A la joven la furia por poco la ahoga. Se revolvió furiosa, se puso histérica al saber que estuvo a punto de morir gracias a las ocurrencias de esos que la mandaron a un antro de perdición para ser bocado de malvados. La joven fue presa de un ataque de nervios porque en el fondo quiso haber visto fantasmas. Deseó que todo no fuera más que un espejismo provocado por su mente calenturienta y debilitada por los golpes tan fuerte que le dio la vida.

Ernesto Almagro tuvo que apretarla fuerte y hablarle en tono cálido para que la cordura regresara y la joven dejara de dar manotazos en el aire. La abrazó fuerte y la joven lloró quedó mientras él le pedía calma.

Hubo un abrazo que al principio fue para consolar, después sin saber por qué

Patricia sintió tanta cercanía en la voz y en el abrazo que alzó la cabeza y lo miró con los ojos empañados por las lágrimas. Los labios quedaron cerca los ojos pegados, había penumbra pero se veían más allá, en un sitio donde sobraron las palabras. Quedaron mudos y se besaron hasta el fondo, hasta el mismo centro del deseo que los empujó sin darse cuenta.

Ernesto se separó y le pidió mil disculpas.

—No quise aprovecharme—dijo avergonzado.

—No importa, me consolaste bien—dijo—, se me fue la furia de un plumazo.

—¿Te llevo a tu casa?

—No tienes por qué hacerlo puedo coger un autobús.

Ernesto miró la hora.

—Es tarde, yo te llevo.

Ernesto condujo en silencio, arrepentido de haberse dejado llevar por el impulso. A Patricia se le caía la cara de vergüenza pero a pesar de eso en el aire flotaban las ganas de tocarse de nuevo, las ganas estaban aunque ellos se empeñaban en ocultarlas.

Al llegar y detener el coche se miraron.

—¿Vives sola?

—Con una amiga pero el piso es grande, dormimos bastante alejadas.

—¿Tienes pareja?

—No, me divorcié hace poco.

Patricia estaba extrañada, por lo visto sus hormonas regresaron en el peor momento, era un suicidio enredarse con uno que puede ser un vampiro, un Drácula o un Jack el destripador. A su mente vinieron los consejos de la Livia, la tía Herminia y todos los conocidos y por conocer. Nunca beses a un extraño, nunca metas al diablo en tu cama, nunca hagas lo que te puede dejar tiesa en el camino pero de nada le sirvieron los nunca porque sin dudarlo dos

veces habló con pena pero con ganas.

—¿Quieres subir? Te invito a un café.

Ernesto Almagro quiso negarse, era una locura, los dos sabían que dar ese paso los llevaría a la cama pero que caramba, cómo decir que no a esa muchacha esplendorosa, extraña, rabiosa, adulta y aniñada. No lo hagas Ernesto, no lo hagas y la voz dentro de él y la duda que se esfumó con un está bien subo pero no por mucho tiempo.

En el ascensor se reconocieron, ella vio a un hombre alto, fuerte de pelo negro y mirada penetrante. El por su parte corroboró que ella era muy guapa, tan deseable que no pudo contenerse y la atrajo, la apretó contra él y la besó de nuevo esta vez sin avergonzarse. Patricia respondió desfallecida. La cabeza se le iba y todo giraba, sintió la dureza del miembro que quería penetrarla sin preámbulos ni palabras mal sonada.

Salieron del ascensor abrazados.

Andaban tan excitados que apenas tuvieron tiempo de llegar a la habitación. Ya dentro se siguieron besando. Patricia lo apartó.

—No follo desde hace dos mil años—dijo avergonzada—Casi ya no sé ni moverme, no sé si abrir las piernas o cerrarlas pero quiero hacerlo contigo mi vulva lo pide a grito.

—No te preocupes, eso no se olvida, verás como recuerdas.

La atrajo de nuevo, esta vez fue un beso más calmado, intenso, luego Ernesto se apartó.

—Quédate quieta, voy a desnudarte,

La besó en la frente, la nariz, el cuello. Desabotonó la blusa, ella se quitó el sostén y las tetas liberadas sintieron el roce de los labios, la chupada tenue. Ella lo apartó se quitó la falda, bajó las bragas y él la empujó, la tiró en la cama con un ya no puedo más, muchacha y ella abrió las piernas para que el pene entrara brioso y rabioso.

Fue una batalla directa, sin escaramuzas. Se la metió hasta el fondo y ella soltó un quejido al sentir la verga dentro de su sexo agradecido. Fue un coito arrebatado, enloquecido y breve porque los dos estaban hambrientos, perdidos.

El golpeó frenético dentro de ella que se movía y giraba la cabeza, cerraba los ojos los abría y soltaba gemidos de animal moribundo en el placer. Al final, cayeron ante el fulgor que estremece y permite llegar a la planicie donde el misterio aniquila y hace renacer.

Quedaron acostados bocarriba, uno al lado del otro sin saber qué hacer ni qué decir. Patricia estaba avergonzada, A Ernesto la culpa lo rondaba.

—No usamos protección—dijo sin mirarla.

—No te preocupe tomo las píldoras, estoy sana.

El se viró, la besó en la sien, rozó la oreja con los labios. Ambos sintieron una sacudida.

—Tengo que irme—dijo.

Ernesto y Patricia se despidieron como si fuera la última vez, no hablaron de mañana, ni de llamarse porque ni los números de móviles se dieron. Fue una despedida en todas las reglas. Ella tan impulsiva, alocada y sin tapujos casi ni abrió la boca por temor a decir barbaridades. Él por su parte estaba comido por la culpa, no se atrevía a decir nada que significara un nuevo encuentro. Patricia era una chica extraordinaria pero él amaba a su pareja.

Patricia asomada a la puerta lo vio caminar rumbo al ascensor, Ernesto sintió sus ojos fijos, no se atrevió a volverse, no quiso hacer el más mínimo gesto que tendiera un puente. No la volvería a ver.

La joven volvió a la habitación, se dio una ducha y se puso la ropa de dormir. No quería pensar, no quería verse abandonada, fue un polvo más, uno de esos donde el sexo manda.

Caminó por la habitación si atinar a nada y una vez más culpó a Ortega por

hacer florecer a una Patricia distinta y desvariada. El ex marido se encargó de destruir sus sueños. Puso fin al intento de ser amante esposa y madre de varios hijos. La joven andaba sin rumbo. El abandono de Raúl le trajo el convencimiento de no estar hecha para el amor verdadero. Aunque se esforzara nunca sería una de esas que despiertan amor profundo. Envidia a las que lo consiguen. No lograr que la amen, le provoca lástima de sí misma. No tan así Patricia, se dijo tristonamente, cada cual tiene lo que se merece. Es tu karma andar como insecto de luz, si te acercas mucho mueres achicharrada. Encontrar al hombre que la hiciera revivir fue una suerte y una desgracia. Hasta ahora había evitado caer por temor al fracaso, esta vez las fuerzas le fallaron.

Patricia se acostó, cerró los ojos, no quería recordar, no quería ver el rostro del hombre que conoció hace un rato y que la estrujó como un papel que se bota al usarlo. Una vez más siente que se equivocó, que su impulso incontrolable podía precipitarla al vacío. Por suerte todo fue tormenta de un rato. Seguro nunca más lo verá.

Ernesto Almagro condujo pensativo, nunca antes se vio en algo semejante, desde que tiene pareja estable ninguna mujer le provocó tanto deseo como esa muchacha que recogió en un baile. Ahora se pregunta si el calentamiento fue por verla tan distinta, tan natural y tan cercana.

Por suerte ella se portó razonable, no hizo preguntas, fue discreta y comprensiva. Siempre ha temido a verse atrapado por culpa de un encuentro ocasional, a veces se corre el peligro de que quieran mantener el contacto, está no le pidió ni el número de móvil. Ernesto respiró tranquilo, no sabía nada de él, por suerte apenas hablaron.

Llegó a su casa, trató de no hacer ruido, no quería despertar a Daniela, antes de entrar en la habitación matrimonial entró al baño de invitados, se duchó para borrar cualquier huella, se puso ropa de dormir y fue a la cocina, tomó agua. De pie ante el fregadero no escuchó los pasos, se dio cuenta de la presencia de Daniela cuando lo abrazó por la cintura.

—Hueles rico. ¿Te duchaste?

—¿Cómo es que estás despierta a estas horas?

—No pude conciliar el sueño, te esperaba para darte la noticia. Conseguí el contrato.

El se volvió, quedaron abrazados.

—Pronto comienzo, seré la modelo de una gran firma, así que ya sabes.

—Ya lo sé, sesiones de fotos, trabajo hasta tarde y yo, abandonado.

—Ni se te ocurra protestar, nada puede reprochar uno que se la pasa perdido.

—Vamos a dormir, mañana hablamos, estoy molido.

—¿Dormir? ¿No quieres que festejemos?

—Otro día cariño, hoy estoy muy cansado.

Salieron abrazados, hablaron, ella no insistió, no se podía dar el lujo de trasnochar mucho. Mañana sería su primer día de fotos, aunque estaba citada para la sesión de la tarde, quería estar radiante.

Ernesto estuvo de acuerdo, siempre estaba de acuerdo con la joven porque sabía lo que significaba para ella su trabajo. Ser modelo profesional no era nada fácil, muchos sacrificios tenía que hacer la bella muchacha. Ernesto hubiera preferido algo más sencillo, quería una relación más formal, incluso casarse y tener hijos pero su novia siempre lo posponía. Podían esperar, la joven decía que los años son terrible para las modelos, no se puede perder tiempo. Un embarazo creaba bastante problemas, más cuando se está comenzando.

Se fueron a dormir, hablaron por un rato, luego ella quedó dormida pegada a él la miró Era bella, delicada, sutil, tranquila y educada. Provenía de una buena familia. Daniela era la chica ideal. Le dio un beso en la frente, cerró los ojos. Nadia podía enturbiar la paz y la felicidad que disfrutaban. Lo que sucedió esta noche no se podía repetir.

Ernesto al otro día se levantó con pereza pero tenía que ir al trabajo para informar de su gestión de ayer. Pocas pruebas había pero la historia de la chica corroboraban las sospechas de que esas fiestas se utilizaban para traficar con drogas y personas. De eso estaban seguros pero necesitaban pruebas. Tomó el café, encendió un cigarro y quedó pensativo. La joven dijo que se asustó porque le dio la impresión de que iban por ella. Puede ser que Patricia tenga razón, se dijo. Se había negado nombrarla, evitaba verla como la vio ayer. Quiso distanciarla pero a su pesar ella estaba y el nombre corrió y llegó hasta sus labios. Patricia, dijo bajo y ya no pudo negar que lo sucedido anoche lo recordaba más de lo que imaginó. Es solo sexo y la explicación lo calmó.

Regresó a la habitación, Daniela dormía anduvo con cuidado para no despertarle. La muchacha le daba todo lo que necesitaba no tenía porqué buscar sexo ni experiencias nuevas, ella era el amor. Con eso era feliz.

Se vistió despacio, ella se movió, se puso de lado y abrió los ojos.

—¿Te vas ya?

—Sí, tengo cosas urgentes que hacer. Sigue durmiendo, noche nos acostamos tarde.

—No te preocupes, mi cita es a las dos, el que debe estar molido eres tú.

—No lo estoy, me recupero con unas pocas horas, me voy—se inclinó y la besó—, te llamo.

Ernesto al salir cerró la puerta con cuidado, bajó por el ascensor, hasta el aparcamiento, subió al coche. En el trayecto se repitió que nunca más haría lo de noche. Daniela no se lo merece, ella vive en su mundo ajena a las dudas y los celos, confía en él, está seguro que ella por su cabeza no hay sitio para el engaño, se estremece al pensar que pueda enterarse. Ernesto no cree que su pareja perdone la traición.

Llegó, aparcó y subió donde el jefe y Ricardo lo esperaban, fue directo al despacho. Saludo su superior con respeto, le sonrió a Ricardo que ya estaba sentado.

—Disculpen la demora pero es que anoche regresé tarde de la fiesta.

—No te preocupes, lo sabemos—dijo su jefe.

El jefe los miró a los dos.

—¿Quién empieza?

—yo.

Ricardo empezó a informar preciso y cuidadoso.

—En la fiesta de los Perales había mucha bebida, comida y baile pero no detecté nada anormal. Mientras estuve allí no descubrí indicios de delitos. Sólo me llamó la atención una joven a la que noté más pasada de lo normal. Estuve al tanto pero de repente desapareció. Pregunté por ella con disimulo pero un empleado me dijo que la señorita Leonora se había ido. Había droga pero no era algo que creara ningún problema.

El jefe lo interrumpió:

—Lo importante es saber quienes son los proveedores, no los consumidores.

—En eso estoy jefe pero ya le dije todo estaba bastante normalito, no pude meterme bien en el asunto. Nadie perdió la compostura ni va a nadie sospechoso.

—De todas formas hay que insistir, tenemos informes de detrás de la intachable apariencias de los Perales se esconde un trasiego bien sórdido.

Siga al tanto de las andanzas de la familia, principalmente del hijo. A lo mejor el señorito es el único que está en el trasiego, ocúpate de averiguarlo. Quiero que me mantengas al tanto—miró a Ernesto—¿Cómo te fue a ti?

—Más o menos parecido—dijo—, En la fiesta de Alipio había muchos invitados, gente de todo tipo. Aquello parecía un carnaval, muchos estaban colocados pero era nada significativo. Busqué sin éxito, no encontré pistas, no vi a nadie con viso de traficar ni con aspecto que evidenciaría un posible delincuente, no noté nada extraño ni en las mujeres ni en los hombre. Mucha bebida, mucha música, mucho sexo pero pruebas ningunas.

—¿Te fuiste en blanco?—preguntó el superior.

Almagro se acomodó en su asiento, pasó la mano por la cabeza y miró a su jefe pensativo. Luego habló:

—Me parece que no.

—¿Te parece?

—Es que no estoy seguro pero es que ya cuando me iba me topé con una chica que estaba muy asustada y le pedía al portero que le abriera. El empleado no quería dejarla marchar, cosa que me llamó la atención, entonces le dije que subiera al coche.

Ernesto calló unos segundos, luego se inclinó y contó lo sucedido con pelos y señales.

—La muchacha estaba aterrada—dijo al terminar.

—Es interesante lo que cuentas pero esa joven puede ser una de esas mujeres que asustan por cualquier nimiedad, a lo mejor y agrandó lo sucedido.

—Puede ser—dijo Ernesto— pero no me pareció una miedosa, incluso la vi valiente y le repito me llamaron la atención sus ultimas palabras, eso de que estaba convencida de que la querían secuestrar porque a alguien le gustaban las mujeres como ella se ha quedado en la cabeza.

—No te discuto que resulta muy interesante esa observación pero pudo ser

fruto del miedo o ella ser una de esas personas con manías de persecución.

—A lo mejor puede estar equivocada—dijo Almagro—, pero lo que dijo no fue fruto del miedo, lo dijo convencida. Lo de imaginativa no lo pongo en duda—calló, temió delatarse—. Lo que sí me parece una chica extraña.

—¿Extraña?

—A lo mejor no es esa la palabra la que se ajusta, me pareció, fuera de lo común.

—¿Por qué?

—No sé jefe, no podría explicarlo pero creo que era una muchacha muy inteligente. Estaba muy segura de lo que decía.

—Creo que podremos hacer algo al respecto—dijo el jefe—¿Qué te parece una visita a esa joven?

Ernesto no pudo evitar el sobresalto, lo que menos quería era encontrarse de nuevo con Patricia. Hizo un gesto.

—A lo mejor no es necesario, ella se veía muy asustada, a lo mejor no quiere saber nada de este asunto.

—Con probar no se pierde nada, necesitamos que nos de más detalle de lo ocurrido. Tenemos que actuar, no quiero más chicas muertas o desaparecida. Habla con esa joven, si puedes hazlo hoy mismo.

Almagro no se atrevió a contradecir más a su jefe, se sintió como un rufián, se aprovechó de la joven, pensó que no verla más le traería la calma.

El jefe siguió dando ordenes, se necesitaban pistas, había que buscarlas de inmediato, las familias de las víctimas estaban desesperadas.

—Ricardo debe mantener la vigilancia a los Perales, principalmente al hijo—ordenó el jefe—, a ti te toca hablar con esa chica. Si se les ocurre alguna otra cosa me lo comunican.

Salieron del despacho y fueron a la oficina, Ricardo notó a su compañero preocupado.

—¿Qué pasa no te gusta el encargo?

—Para nada, lo que pasa es que...

Calló sin saber qué decir.

—¿Qué sucede Ernesto?

Ricardo era su compañero y confidente, lo conocía desde que entró al cuerpo policial, siempre han trabajado juntos. Ricardo es unos años mayor y muchas veces ha controlado a un Ernesto que para él es como su hermano pequeño.

—Anoche hice una burrada—dijo Ernesto con pesadumbre.

—¿Qué hiciste?

—Perdí la cabeza.

—Explícate, hombre.

—Anoche recogí a esa chica, traté de quitarle el susto, me enredé, la besé, luego me fui a la cama con ella.

—¿La obligaste?

—Para nada, los dos nos calentamos, fue de locura.

—Vaya, el gran enamorado de su pareja tropieza al fin, eso pasa muchacho. Si el calentón fue de los dos no hay problemas.

—Estoy avergonzado por ella y por Daniela.

—¿Le hablaste de Daniela?

—No, tampoco ella preguntó. Por suerte creo que no le interesó y que lo tomó como un polvo pasajero. Patricia es distinta, tiene algo especial.

—Oye, no te enredes, Daniela es una gran muchacha y como tú dijiste no se lo merece.

—No tienes que decírmelo por eso pensaba no volver a ver a esa joven pero...

—Eso no significa nada, lo que pasó se borra. El trabajo es lo más importante, ya oíste al jefe, tenemos que encontrar pistas.

Patricia se levantó tarde, con dolor de cabeza y mal genio. Durmió mal, tuvo pesadillas y se despertó varias veces. Sentada en la cama no sabe qué hacer, no tenía ganas de hablar con nadie y menos dar explicaciones. Anoche, mejor dicho en la madrugada, apagó el móvil, no quería saber nada del mundo exterior.

Necesitaba descansar y eliminar el humor de perros con pulgas que la torturaba. Patricia culpaba a todo el mundo por lo sucedido. Por culpa de la que se enfermó y no pudo cubrir, por culpa de la Rosa que la tenía como papel de váter y por culpa de este jodido mundo está al borde de mandarlo a todos a la mierda. El desempleo es feo pero más feo es ser un trapo roto. Hoy le dieron el día libre pero esperaba que la llamaran por su escapada.

Se levantó, fue al baño, se miró al espejo, como toda mujer al levantarse se encontró feísima. Parezco un sapo, se dijo y abrió el grifo del lavabo después lo pensó mejor y se metió en la ducha para despejarse del todo.

Salió con la bata de baño, se sentó en la cama y recordó con nitidez sus horas con Ernesto. No se arrepiente pero le molesta haber sido tan floja, por suerte no volverían a verse.

Patricia se siente más infeliz que nunca, no por un polvo volátil sino porque no hizo caso a Schopenhauer cuando aconsejó que añorar felicidad puede hacernos muy infelices. La joven se siente como un escupitajo porque todavía no aprende.

Patricia trata de convencerse de que nunca más se dejará tentar pero resulta que ni ella misma se lo cree porque ahora si ese hombre quisiera caería rendida. La joven se estremece, no quiere ver lo evidente, follar con Ernesto(un hombre que casi no vio), la tiene sumida en una irrealidad nefasta.

Patricia se conoce, eso lo aprendió del zen y de Sócrates. Sólo sé que soy una mierda. Si ese despertó a la mujer dormida es porque ese hombre es el amor y ella lo sabe.

Puso sus disquisiciones a un lado y fue a la cocina, la buena de Livia le dejó una nota. “En el frigo te dejé comida, caliéntala, espero que alguna vez nos veamos”.

Bebió el café, parada frente a la encimera, recordó que todavía tenía el móvil apagado. Terminó de beber y fue a buscarlo. Tenía montones de llamadas y de mensajes. Lo apagó de nuevo, se quitó la bata y se puso un short y una camiseta. Se tiró en la cama, miró el techo con detenimiento, no quería pensar. No quería tomar una decisión precipitada pero hoy no tenía ánimo para hablar con nadie.

Entre las llamadas estaban las de la tía Herminia, Patricia decidió hablar con ella, no quería que viniera al ver que no le contestaba. Cogió el móvil que estaba en la mesilla. Marcó el número, del otro lado la tía Herminia habló furiosa.

—¿Dónde te habías metido? Estoy tratando de localizarte desde anoche. Ya iba para allá, joder sobrina, me das unos sustos.

—Te dije que trabajaba hasta tarde, te conté lo del catering.

—Si pero eso no quita que hables por teléfono.

—Tía que no soy una niña.

—Si lo fueras estaría más tranquila. Creo que una niña tiene más cordura que tú. ¿Qué haces?

—Descanso, tengo el día libre, a lo mejor más tarde voy a verte. No te preocupes tiita, estoy bien.

—No sé, por tu tono no parece.

—No empiece Doña Herminia, estoy bien, solo un poco cansada.

—No me lo creo, pero si tú lo dices. Otra cosa, llama a tu familia.

—Lo haré, besos tía, nos vemos.

Puso el móvil en la mesilla, se viró y trató de dormir.

Estaba adormilada cuando escuchó el timbre de la puerta. Abrió los ojos, se extrañó, miró la hora, eran las tres de la tarde. No sabía quien podría venir a estas hora, dudó. Estuvo a punto de no hacer caso pero la curiosidad le picó. Se levantó roñosa y curiosa salió al salón, llegó ante la puerta y miró por la mirilla. Quedó perpleja.

Patricia indecisa, empezó a temblar. Respiró fuerte, controló el temblor de sus huesos, abrió la puerta, se asomó.

—Necesito hablarte—dijo Ernesto Almagro—.¿Puedo entrar?

Abrió, el joven la siguió hasta el salón. Patricia le señaló para que se sentara.

—Voy a vestirme—dijo—, estoy horrorosa.

—Estas bien pero si quieres vístete, así bajamos y hablamos en la cafetería de la esquina.

—¿Hablar?

—Si, Patricia, hablar.

—Si es por lo de anoche, no tienes nada que hablar.

—No es por eso, es por lo que me contaste, necesito que me lo repitas todo con pelos y señales. Anda, vístete.

La joven volvió a dudar pero el simple hecho de tenerlo de nuevo cerca le provocaba tal alboroto que desdeñar su presencia le era imposible.

—Ahora regreso—dijo casi en un susurro.

Ernesto la vio perderse en el pasillo y otra vez se sintió desarmado, esa muchacha lo sacaba de sí, lo envolvía, lo provocaba con solo mirarlo. Debo tener cuidado, se dijo. A los pocos minutos Patricia regresó con sus vaquero, su camiseta y el pelo recogido en un moño. Ernesto la vio hermosa, natural, fresca, deseable y otra vez la voz dentro de sí lo llamó a la cordura. Se

levantó y le dijo vamos.

Entraron al ascensor sin hablar, parados uno frente al otro se miraron y Ernesto maldijo al cajón que fomentaba la lujuria y no se controló y la atrajo. La besó como anoche, como hoy y como mañana. Ella respondió igual. Después la apartó.

—Perdóname, no se que me pasa, me gustas mucho muchacha.

Patricia quedó en silencio abochornada, la pendeja es ella que no sabe decir que no y casi se desmaya cuando la atrajo. A pesar de culparse, saber que le gusta al poli pone su vulva a mil.

—Tú también me gustas — dijo tímida.

El ascensor se detuvo, llegaron pero casi al salir no pudieron evitarlo. Se besaron.

Caminaron en silencio, apenas se miraron, después de caminar unas cuerdas llegaron.

Se sentaron en la terraza, el pido un café, ella un jugo. A sus espaldas escuchaban el ruido de voces, en frente veían la calle, los coches y las personas.

—Te quiero—dijo ella.

El se quedó de una pieza. Casi estuvo a punto de soltar el estás loca Patricia pero no lo hizo porque sintió que un nudo extraño se lo impedía. Lo único que atinó fue a tomarlo como una broma, una burla. Esbozó una sonrisa.

—Nos gustamos, nada más que eso—dijo cariñoso.

—Te quiero porque desde que me divorcié nunca no había tenido deseos de estar con nadie. He tenido pretendientes pero ninguno me atrajo lo suficiente. Resulta que apenas te conozco y las ganas de tenerte no me dejan quietas.

Ernesto abrió la boca, Patricia se inclinó.

— No tienes que decir nada. No te asustes, no trates de encasillarme en un

estereotipo. No me ubiques, no busques explicaciones, no te culpes, supongo que te amo desde que te vi o antes, a lo mejor te esperaba.

Ernesto no supo que decir porque no sabía lo que ella quería decir.

—No te entiendo.

Patricia movió los hombros.

— Nunca entenderemos lo suficiente. Te amo no es una palabra, es un sentimiento. Por desgracia para ti tendrás que cargar con la porquería de haberte convertido en el objeto más deseado de una pobre chica que nunca te pedirá nada.

Ernesto la escuchó maravillado, no la comprendía mucho pero el mensaje le llegaba indescifrable, bello en su rareza.

—Tengo pareja—dijo—, amo a mi novia. Al escucharte sé que para ti es una simpleza pero es así, lo que me pasa contigo es puro sexo.

Patricia lo miró con fijeza, no había tristeza en los ojos de mirada tibia, había tranquilidad y belleza.

—Lo imaginé pero no me importa, tu amor es tuyo, como el mío por ti. Me conformo con gustarte.

Ernesto se inclinó, trató de no lastimarla.

—No quiero seguir con esto—dijo—, mi pareja no se lo merece.

Patricia también se inclinó.

— Te quiero Ernesto pero eso no significa que no pueda vivir sin ti. Antes no lo veía así pero encontrarte me ha cambiado. No soy la de ayer ni la del principio, eso te lo debo y te lo agradezco.

Ernesto seguía sin entenderla pero bebía sus palabras y se prendaba de unos ojos bellos dueños de una combinación de sabiduría, ingenuidad y transparencia que lo envolvían sin saber a ciencia cierta por qué.

—Eres tremenda—dijo por decir algo.

—No creas, anoche todo se me fue a los pies, por poco me orino en las pantaletas, esos cabrones, querían profanarme como a una tumba egipcia.

—A propósito—dijo Ernesto—, te dije que venía para que me contaras de nuevo, estamos interesados, creemos que lo que te sucedió puede servirnos de pista para llegar a los delincuentes que comercian con drogas y con mujeres.

—Estoy convencida de que en esa casa había algo más que una fiesta—dijo ella—, esos hombres no estaban allí para el fiesteo.

De verdad que me sorprendes, tienes una capacidad de observación nada común—dijo Ernesto—. ¿Eres sicóloga?

—Soy peor que eso, tuve el fatal equívoco de estudiar filosofía. Cargo con unos conocimientos asesinados en el fragor evolutivo. Los tengo escondidos, los uso para ayudar a soplar narices y para servir vodka pero no reniego de ellos, también los uso para hacerme el lazo de mis botas montañeras.

Ernesto Almagro no pudo evitar la risa al escucharla. Después se puso serio.

—Fui al hotel a buscarte, me dijeron que tenías el día libre pero que estaban pensando prescindir de tus servicios por haberte ido anoche sin avisar ni pedir permiso.

—Imaginaba eso pero yo tampoco tenía ganas de volver, esos mamones me echaron a los leones.

—Queremos que vuelvas, digo si tú quieres.

—Me van a echar Ernesto.

—No, ya eso está resuelto.

—¿Para que quieren que vuelva?

Ernesto respiró , ahora sí venía lo gordo.

—Sabemos que Alipio está organizando otra fiesta para el fin de semana próximo—dijo —. Ya hizo el pedido al hotel. Queremos que vayas en el servicio de catering.

—¡Ni muerta! —dijo la ex filosofa airada—.Te quiero mucho pero más me

quiero viva. Ni hablar, esos mamones son carroñeros. No creas que organizar una fiesta seguida de la otra y solicitar el servicio del hotel es casualidad. Es que ahora pienso que ya me tenían en mente desde antes de ir a esa fiesta—calló unos segundos y no pudo evitar soltar una de las suyas—, joder que soy irresistible, un cabrón anda prendado de mi.

A Ernesto no le dio ninguna gracia la observación.

—Pensamos lo mismo que tú aunque creemos que el deseo de ti es puro antojo de rico pervertido, las compra, las usa, después las tira. Eso no me hace ninguna gracia pero en caso de que aceptes no tienes que temer. No te sucederá nada.

—Ese personaje seguro me vio antes.

—Eso pensamos, estamos revisando a todos los clientes del hotel de estos últimos meses. Tu también debes hacer memoria, a lo mejor con tu capacidad de observación descubres algo. Me hablaste de dos hombres que estuvieron en el hotel, es difícil saber quienes son. Tienes que decirme cuándo los viste para revisar por esa fecha.

—De esos dos me acuerdo más o menos—buscó una fecha—, creo que fue este día.

Ernesto miró. La señaló en su móvil.

—Otra cosa. ¿Estas seguro que iban por ti.

—Si—dijo la joven sin dudar.

—Si ahora organizaron un fiesta para que tú fueras es porque no tiene intención de utilizar otra forma de secuestro, de todas formas hay que tener cuidado, te vamos a poner protección, no vaya a ser que decidan secuestrarte por la vía rápida.

Patricia se asustó.

—Puedo confundirlos.

—¿Cómo?

—Me pongo una peluca, unas gafas, cualquier cosa.

—No creo que sea necesario, te dije que quieren hacerlo en la fiesta, es su estilo, su forma de hacerse de mercancía valiosa.

—En eso estoy de acuerdo, no solo van por mí van por toda la que se les ponga a tiro. Caramba que negocio. Eso me da un susto que no creas se me afloja el esqueleto de solo pensar en eso.

—No te preocupes lo único que tendrá que hacer es presentarte, cuando ellos pretendan hacer algo nosotros nos encargamos, así desmantelamos el negocio.

—Lo haré, seré carnada de tiburones.

—Así es, pero no te sucederá nada, te repito, te cuidaremos.

—¿Me cuidarás?

—Mi palabra, primero muerto antes de que te hagan daño.

A Patricia se le ablandó el corazón y se le erizó la vulva al escucharlo.

—Acepto—dijo echa un flan.

Ernesto tampoco pudo evitar acariciar las manos de la joven.

—Antes de ir quiero que aprendas algunas cosas.

—¿Como Cuáles?—pregunto ella.

—Quiero que te enseñen algo de defensa personal, no podrá ser mucha pero te servirá. También que aprendas a manejar un arma.

—Caramba, voy a ser una poli encubierta.

—Más o menos. Aquí te dejo la dirección, a partir de once mañana empiezas los entrenamientos.

Hablaron un rato más, Ernesto le preguntó que haría, ella dijo que dormir y después visitar a su tía Herminia que sufre porque la cree una desvalida a la que todo el mundo maltrata. La Herminia jubilada cree que padece enfermedad congénita, la ven un poco tarada para lidiar con las trampas de la

vida. Livia, su compañera de piso y toda la familia también lo piensan. Sus padres un día si un día no insisten en que regrese al hogar pero ella se niega, no soporta que la traten como una niña, además de no querer ser una mantenida.

Ernesto quiso saber la razón de su divorcio, ella le dijo que su matrimonio no funcionó porque en ese tiempo era más tonta que Melchora que cuando se le meten llora. En esa etapa estaba más ciega que el poeta mas bello y más antiguo. A pesar de la sapiencia que le colgaba en los hombros y le provocaba escoliosis no se dio cuenta que Raúl se casó por interés y cuando el bello Raúl se percató que su sacrificio no era proporcional a la ganancia se fue dando un poético portazo.

Patricia habló de sus principios como filosofa, de su despido por querer un matrimonio modelo, con hijos y esas vaina. Contó de sus acosos al bello inmune a sus ruegos y las amenazas de inmolarsse frente a la empresa donde el ex trabajaba. Al final dijo a Ernesto que el empleo en el hotel fue la oportunidad que apareció cuando ya estaba a punto de caer al fondo de la desesperanza.

—Ya te dije que te amo, quiero ser un libro abierto para que me leas cada párrafo, no tienes que temer, lo mío por Raúl fue un plagio, una copia infesta muy alejada del amor verdadero, ya te dije que gracias a esto que siento soy otra— calló unos segundo—, aunque pensándolo bien estás para comerte a trocitos. Así que no te acerques mucho.

Ernesto y Patricia salieron de la cafetería conversaron en el trayecto de regreso. El agente se propuso consolidar una amistad ajena al sexo. Le gustaba como era, como hablaba aunque a veces no la entendiera muy bien. Le encantaban sus arranques, la frescura que emanaba, agradable. Podían ser buenos amigos por eso no pudo explicarse por qué le preguntó si estaba sola, por qué quiso subir y por qué en el puto ascensor volvió a besarla. Ernesto si

saber por qué fue con ella a la habitación para follar porque las ganas lo mataban.

Es solo sexo se dijo al verla tan desnuda, y esplendorosa. No es amor afirmó al besarla de abajo arriba, de arriba abajo. Esto es pasajero, insistió al meterse entre sus piernas para olerla y chuparla. Es deseo, pensó al sentir su miembro más tieso que un estaca cuando ella empezó a retorcerse y a gemir. Es solo un rato de pasión, se repitió al saber que la lengua diestra la ahogaba.

Ernesto le succionó la vulva hasta que ella se alzó y cayó desplomada por la última estocada. Después sin rodeos se la metió enfebrecido, golpeó, metió y sacó mientras ella acoplaba sus caderas y rogaba para evitar otra muerte no anunciada. Siguió fiero, la penetró sin fisuras, la espoleó, le sacó el jugo y roció su vagina con el líquido universal que al brotar deja al guerrero feliz y agradecido.

Se fueron de lado, callaron pero él siguió acariciando su teta, besando su sien, su hombro, entonces ella se alzó, besó los párpados. Los labios rodaron por el pecho, el ombligo, la ingle, llegaron al falo en rasposo y lo tocó, lo frotó suave y luego lo metió en la boca, pasó la lengua por esa parte sedosa que hace expandir la vida y las preguntas. Patricia succionó, chupó, mamó como ternera feroz hasta sentirlo tieso, erguido como faro de luz. Siguió sin tregua, sin darle respiro a Ernesto que se inclinaba tratando de no llegar y al mismo tiempo desear la caída gloriosa que lleva al desvarío. Así fue, así lo sintió ella cuando tragó el líquido soberbio que le penetraba hasta el centro de la vida.

El quedó tirado pero ella siguió, puso al soldado en atención, se encaramó le dijo: “no te muevas”.

Cabalgó sobre él, buscó el fuego sin filosofía que entorpece, lo folló bravía hasta que él le dijo para. La levantó, se sentó, la puso encima, la clavó con su clavo ardiente. Ella lo rodeó con sus piernas. Se abrazaron y empezaron a moverse con ritmo lento, lleno de placer. Él la alzaba, apretaba sus nalgas.

Patricia y Ernesto se miraban, gemían, se besaban. Los torsos se unían, se separaban, ella se echaba hacia atrás y las tetas desafiaban para que él mordiera los pezones, los lamiera con el sabor del coito que corta la respiración y golpea las venas. Follaron, cogieron, scoparon, jodieron y singaron hasta que cayeron, perdidos. Se volvieron a encontrar después del silencio.

—Creo que nos pasamos—dijo ella apenada.

El la besó en la frente.

—No te preocupes, no pasa nada.

—No quiero problemas por mi culpa.

—Te dije que no te preocupes, no hablemos de eso. Esto no tiene nada que ver.

—Lo sé.

—Disculpa—dijo él.

—No tienes por qué. Mejor vete.

—¿Nos duchamos?—preguntó él.

—Si quieres, dijo ella.

Joder, Ernesto se arrepintió de meterse en la ducha con Patricia. Otra vez maldijo su debilidad y saben qué. Que la arrinconó, la empujó contra la pared y mientras el agua les caía como catarata, le dijo que se abriera y alzara la pierna y se afincara y la penetró de nuevo, la hizo gritar, le mordió los pezones, la besó como un loco y se sacaron de nuevo el jugo que alimenta los sueños.

Ernesto se marchó arrepentido, furioso, cabrón, mísero, abyecto pero...¿Y en el fondo? No quería mirar allí donde esconde la perplejidad y esa obtuso deseo de seguir al lado de ella, de tenerla con él, escucharla, reír al no entender lo que dice. Ernesto se fue escondiendo un fondo al que no debía

mirar. Tengo que terminar con esto se dijo al salir.

Patricia por su parte quedó indiferente a cualquier juicio, Ernesto era su gran amor, mientras pudiera disfrutarlo lo haría, lo demás nada importaba. Estaba dispuesta a vivir esta nueva etapa sin dramas y sin llantos. Por lo menos esta vez hubo despedida, hubo un beso, un nos vemos y se llevó el número de móvil y le dejó un número del trabajo por si necesitas llamar.

No ansíes felicidad porque puedes ser más infeliz, pesimismo puro al que se aferraba, no quería soñar. Su karma era ser papel que se tira al tacho de basura. No quería iniciar una batalla fallida, lo que sí quería era estar preparada. El abandono vendrá, se dijo resignada.

Ernesto Almagro llegó a la oficina molesto, Ricardo le preguntó, contestó que estaba cansado, bajó a la cafetería. Llamó a Daniela.

—¿Qué haces?

—Estoy con Piero, me hace unas fotos, están saliendo preciosas. ¿Sucede algo?

—Nada, quería hablar contigo. Me duele un poco la cabeza, a lo mejor voy a casa. ¿Cuándo regresas?

—No sé amor, apenas empezamos.

Ernesto puso el móvil encima de la mesa, bebió el café, miró a lo lejos. Tenía que terminar su historia con Patricia, era una pasión insana que lo arrastraba. Ella no se lo merecía, Daniela menos. Cerró los ojos para no ver su debilidad, para no reconocer que se moría por llamar a Patricia, por verla de nuevo, por hablar con ella.

Terminó de beber el café, subió. Se sentó frente a Ricardo.

—Quiero tu ayuda.

—¿Qué pasa?

—Necesito que te ocupes de contactar con la chica del hotel, por ahora no

puedo seguir, fui a verla y sigo en lo mismo.

—¿Te gusta?

—Es algo peor que eso, Patricia saca de mi el hombre que no quiero ser. Amo a Daniela, me siento como un ruin, un hombre cavernario, un macho que usa a las mujeres, no me gusta verme así.

—Me parece que te pasas—eso no tiene que ver con ofensa a la mujer ni esas monsergas. Patricia también te usa, tú le gustas, no hay que andar con falsas moralinas. Cierto que Daniela no se lo merece pero tampoco hay que flagelarse tanto. No tienes qué sentirte tan culpable por unos polvos escondidos.

—No me convences, no quiero verla por ahora, ocúpate para que le den bien las clases y aprenda a manejar un arma, mañana a las once empieza. La cuidaremos y estaremos en la fiesta. Espero que podamos apresar a esos delincuentes, así terminará mi relación con ella.

—No te preocupe, yo me ocupo.

—Mañana, aquí tengo su numero de móvil, ponlo en el tuyo.

Le extendió el móvil, se pasó la mano por la cabeza. Ricardo lo miró con el seño fruncido.

—Te ves fatal.

—Me duele un poco la cabeza, voy a casa, cualquier cosa me llamas.

Guardó el móvil, salió. Ricardo lo vio marchar, quedó pensativo.

Daniela se puso la blusa, la falda y los zapatos de tacones afilados, se miró al espejo. Las fotos estaban quedando maravillosas, esperaba un gran éxito, por fin tenía la posibilidad de triunfar más allá. Piero era un fotógrafo genial, saca

lo mejor de su físico. Es un artista, se dijo frente al espejo. El italiano le encantaba, el joven era jovial, atento, eficaz. Sabía buscar el ángulo preciso, la postura ideal. La convertía en una belleza total. Daniela estaba contenta, tan contenta que apenas pensó en la llamada de Ernesto.

Terminó de abrocharse la falda, puso un poco de color en las mejillas, escuchó el toque tenue en la puerta dijo adelante. Piero entró sonriente, Daniela también sonrió, de nuevo la impresionó la estampa del joven. El italiano era alto, delgado, elegante. Tenía cabellos encrespado y ojos azules, no era guapo, era perfecto.

—¿Nos vamos?—preguntó al acercarse.

—Cuando quieras—dijo ella.

—Un descanso no nos viene mal—dijo el joven.

—Tienes razón, estoy fatigada.

—Verás como se te quita la fatiga.

Daniela estaba de acuerdo. La idea de salir a comer y beber algo fue de Piero que se quejó de estar hambriento. Estaba harto del bocata y la cerveza. Una cena normal en un buen restaurante no vendría mal. Salieron y subieron al coche sonrientes.

Ernesto Almagro llegó a su piso, se puso ropa cómoda, se tiró en la cama, cerró los ojos, se sentía agobiado. Nunca debió meterse con Patricia pero no puede saber la razón por qué todos los senderos la conducen a ella. Nunca ha disfrutado del sexo con tanto gusto. Cuando está a su lado el deseo y la pasión lo desbordan. Es tan natural, tan libre, tan segura que no hay lugar a los juegos evasivos. Con Patricia no existen los engaños.

Es pasión, no amor, después del sexo hay mucho más. La vida en común va más allá. La convivencia, además del sexo trae la comprensión, el cariño.

Patricia es un trago fuerte que debilita los sentidos, tiene que evitarla. Ella dice que lo ama, es evidente que está confundida, son distintos. Ella es aniñada, obstinada, malcriada, muy diferente a Daniela. Su pareja es equilibrada, calibra cada paso que da, es muy madura a pesar de ser tan joven. Nunca actúa por impulso.

Se durmió, bien entrada la noche se despertó miró la hora, se levantó fue a la cocina, buscó en el frigo, calentó unas lentejas, buscó pan, queso y vino, se sentó a comer.

Comió despacio, quiso estar tranquilo, deseaba que Daniela regresara, la necesitaba junto a él. Terminó de comer, fregó el plato, guardó el vino, regresó a la habitación, llamó a Daniela, escucho la melodía hasta que se cansó. Lo puso en la mesilla. Se acostó de nuevo, el vacío y la soledad lo empujaron a llamar a la chica que solo le provocaba deseo no amor. Escuchó su voz.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Conduzco—dijo ella—, regreso al piso, estaba en casa de tía Herminia.

—Es tarde—dijo él.

—No mucho, dormí bastante después que te fuiste, ahora tendré que leer algo.

—¿Qué tienes en mente?

—A lo mejor busco a la Karenina, la admiro, me duele la época que le tocó. Seguro no tienes ni idea de quien es pero no me importa, contigo me siento feliz hablando de cualquier cosa.

—Tienes razón, no sé de qué me hablas pero me gusta.

Hubo un silencio, las respiraciones se hicieron gordas.

—No puedo seguir con esto, me siento fatal.

— No te amargues, haz lo que tengas que hacer, te entiendo.

—¿Mañana vas al trabajo?

—Sí, ya me llamaron, entro a las nueve.

—Recuerda, a las once termina, ellos los saben

— No te preocupes iré puntual

—Quiero que aprendas bastante, no quiero exponerte demasiado.

—Esta bien.

—Patricia.

—¿Qué?

—Pensarás que estoy loco pero te necesito muchacha.

Se hizo un silencio, a Patricia los ojos le brillaron.

—Me gusta eso—dijo—. Ahora cuando llegue me bebo un trago para festejar, me gusta gustarte poli buenorro y te dejo, no quiero que me multen.

Ernesto quedó con móvil en la mano, la necesito, se dijo, es sexo pero la necesito, no puedo seguir luchando contra eso. Llamó a Ricardo.

—Olvida lo que te dije, yo me ocupo de Patricia—dijo.

El agente puso el móvil en la mesilla, se le había aliviado el dolor de cabeza. Se sintió mejor después de hablar con Patricia. No sabía si para bien o para mal aceptó que no podía renunciar. Era egoísta pero saber que la tenía llenaba un hueco, una leve hendidura que se abría más sin ella. Sabe que Daniela es fundamental para él pero su mundo con Patricia es más completo. Es una mierda, se dijo. Ojalá y la calentura pase pronto. Para justificarse se dijo que la novedad ponía lo suyo, ella es lo nuevo.

Medio dormido sintió el sonido de la llave en la cerradura, después escuchó los pasos que se acercaban.

Daniela encendió la lámpara, se inclinó, le dio un beso en la mejilla.

—Te estuve llamando—dijo él.

—Lo sentí—dijo la joven—, no me podía mover, me hacían una foto. Quedaron preciosas, si quiere te enseñó algunas,

—Ahora no, estoy molido.

— Yo también, estoy rendida.

Daniela fue al baño, al rato regresó con su ropa de dormir. Salió al pasillo, fue al vestidor, luego siguió hasta la cocina, regresó sonriente. Estaba muy contenta,

—Piero es un artista. Hace maravillas. ¿De veras no quieres ver las fotos?

—Mañana las veo.

Daniela quedó mirándolo.

—Creo que tienes razón en eso de casarnos y tener hijos—dijo—, se que ahora es difícil pero no debemos esperar mucho.

El la miró feliz.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y tus fotos, tu carrera?

— He llegado a la conclusión de que ambas cosas se pueden hacer.

Ernesto y Daniela conversaron, hicieron planes, pensaron en poner fecha para la boda. Ella insistió con las fotos, las miro, las encontró preciosas. Daniela no ocultaba la vanidad, la seguridad de que ahora sí tendría un éxito rotundo. Su posible salto a la fama se lo debe a Piero, es muy buen fotógrafo. Guardó las fotos se acostó junto a Ernesto que apenas la escuchaba, tenía los ojos cerrados, ella lo miró con un poco de enfado.

—No me escuchas cariño.

El abrió los ojos.

—Disculpa, necesito dormir, mañana tengo mucho trabajo.

Daniela apagó la luz, se acostó a su lado, lo abrazó.

De repente Ernesto abrió los ojos, los volvió a cerrar con fuerza porque sintió una sacudida al desear tener a Patricia en su costado. Quedó con los ojos fijos y la respiración entrecortada, fue un mal sueño, se dijo, pero la angustia siguió golpeándolo. Esperó a que Daniela se durmiera, se levantó, fue a la cocina, tomó agua, apretó los puños con rabia. A Patricia la conoció hace un rato, no la conoce, además cuando está a su lado lo ve todo de otro color, no puede enamorarse de una mujer que lo confunde, lo saca de si mismo, es distinta. Por qué tiene que estar enredado con una chica como esa si tiene a su Daniela.

Poco a poco la angustia fue disminuyendo con las explicaciones y las teorías a las que se aferraba, antes de regresar a la cama se dijo que tenía que apurar el matrimonio. Me voy a casar con Daniela, tengo que cortar esta tontería, no puedo seguir, Patricia no se merece este juego.

QUINTO TIEMPO

Patricia llegó al hotel puntual, saludó a todos como siempre, llegó donde Berta que la recibió efusiva.

—Que alegría—dijo Berta—, temimos que nos dejaras.

—¿Por qué temían? ayer no vine porque tenía el día libre.

—No jodas y no te hagas, todo el mundo sabe que te fuiste de la fiesta antes de tiempo y que el gerente te iba a poner de patitas en la calle.

—Si trabajaran con la misma intensidad con que cotillean, este fuera un hotel de diez estrellas.

—Te queremos Patty, ayer todos estábamos de moco caído. Nos dio gran alegría que el gerente se arrepintiera. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Nada que el Mauricio anda como alma en pena, dice estar enamorado de ti hasta las trancas. Quiere dejar a la rana de su novia.

Patricia quedó pensativa, no creía las tonterías de Berta pero si así fuera el Mauricio está perdido. No le interesa, con Roberto hay un gran vacío de hombres en su cabeza, ya apenas se acuerda del Ortiga que antes fue Ortega.

— Sabes que hice voto de castidad, no quiero hombres, me meto a monja y dejo el mundanal ruido.

—Parece que el susto del despido te puso peor.

—No me asusté por el despido, fue en la fiesta donde por poco me embolso en los calzones, por suerte salí viva.

—¿Tu crees que el señor querrá una monja como tú?

—Claro que sí, puedo alegrar sus noches que han de ser bien aburridas.

Berta la miró con esa mirada que quería decir: estás loca Patricia. Esta vez a la ex filósofa le gustó la mirada. Patricia se esconde, no quiere que conozcan a la Patricia enamorada. La joven se puso seria, apuró a Berta.

—Deja el chisme y dame el primer pedido, vine a trabajar no a ladrar contigo.

—No te la des de proletaria, que hoy tienes poco trabajo. Llevarás dos pedidos nada más. Son órdenes de la Rosa, según creo a las once terminas. No sé que te traes amiga pero tienes suerte.

Patricia sintió un golpe en el estómago, las manos le sudaron, le temblaron las piernas.

La idea de ver a Ernesto le provocó retortijones de barriga. Dios mío, ese hombre la iba a matar.

Subió el primer pedido nerviosa, al salir del ascensor se encontró con Mauricio.

—Te quiero Patricia, me estoy volviendo loco.

—¿No ves que estoy ocupada?

—No importa, lleva eso, te espero al final del pasillo, quiero hablarte

—Ni lo sueñes, no te quiero Mauricio, ve con tu novia.

—Ahora mismo la dejo, pero no me digas que no Patricia.

—Lo siento, déjame seguir, no es no.

Patricia miró el número de la habitación, tocó con cuidado, escuchó los pasos que se acercaron. Quedó sorprendida la ver al joven apuesto, esplendoroso con melena de león y ojos más verde que la albahaca.

—Entra—dijo.

Patricia lo siguió al centro de la habitación.

—Te noto distinta—dijo el joven con tipo de modelo.

—Tú también estás distinto, no te quitaste la peluca.

—No lo hice porque sabías que eras tú la que vendrías y que serías otra.

—Caramba, eres adivino.

—Algo de eso, pero más que adivino tengo olfato. Algo te pasa. ¿Qué es?

—Me enamoré.

—Ya sabía yo, amor, divino misterio que cambia a las personas. Yo también estoy enamorado por mi amor y por el tuyo, hoy no hay circo. Es una pena, antes éramos más libres.

—Tienes razón pero las ataduras de amor embriagan. Aunque...

—¿Aunque qué?

—El no me ama.

—Lo dudo, eres única.

—Nadie nunca me dijo eso.

—No te lo dicen pero lo saben. Si a mi me gustaran las chicas, seguro te habría elegido. Ven acá.

Patricia se acercó, el joven con peluca de león la abrazó y la besó en la frente.

—No sufras, tendrás lo que quieres—le dijo al oído.

Patricia sonrió. Se separaron, antes de irse la ex filósofa se volvió.

—Te iras hoy mismo como siempre.

—No sé, no depende de mí, es él que decide.

—No te preocupes, conseguirás lo que quieres—le dijo la joven antes de salir.

Al salir, otra vez Mauricio y sus ruegos.

—Te dije que no—le repitió molesta—, no lo siento, tienes novia, no estás solo.

—Patricia eres la mujer de mi vida.

—Pues búscate otra vida donde yo no esté, de verdad Mauricio no quiero, sabes que intenté estar contigo pero no pude.

Subió al ascensor y bajó, de verdad que las insistencias molestan y recordó la persecución a Ortega. Ortega es un cabrón pero reconoce que perseguirlo como lo hizo fue una porquería.

Llegó donde Berta preocupada.

—¿Qué pasa?

—Nada que Mauricio no entiende.

— Me dijo que estaba dispuesto a dejar a la novia para casarse contigo. Mauricio no es mal partido, es guapo, es jefe. Creo que podrías pensarlo, es buena persona.

Patricia miró a Berta, al escucharla sintió una leve punzada. Lo dicho por la amiga era cierto, al parecer Mauricio la quería, Ernesto no.

—Es amor lo que busco, no compañía—dijo bajo.

—Eres muy rara, Mauricio es un buen partido, es guapo, buena persona piénsalo amiga.

—Te lo dije, no me apetece follar, se me murieron las hormonas, las enterré y descansan en paz. ¿Quién me toca ahora?

—Una tal Silvia, creo que actriz, hace dos días que llegó. Ya en los pasillos se comenta que actriz porno, así que ten cuidado.

—¿Cuidado por qué? Que yo sepa eso no se pega. ¿Qué come la artista?

—Ensalada, pan integral y zumo de naranja, esa se mata de hambre.

—No sé por qué, si vive del meneo bastante ejercicio hace.

—Deja ya la gracia y vete, que ahorita tienes que irte.

Salió y se dirigió al ascensor, mientras esperaba sintió la mirada de unos ojos desvaídos. Patricia se estremeció, recordó que hace poco ese mismo hombre la asustó al notar que la desnudaba con sus ojos, acuosos y fríos. A Patricia ese hombre de aspecto enfermizo, le pareció el diablo en persona.

Se alegró cuando la puerta del ascensor se abrió, subió apurada.

Tocó con cuidado, una joven se asomó.

—Entra, que bueno que llegaste, ayúdame con esto.

—¿Qué tengo que hacer?

La siguió hasta el centro de la habitación, la joven actriz porno iba en bragas y con las tetas al aire. Al llegar a la cama cogió un sostén antiguo, se lo puso y empezó a abrocharse despacio. Luego vino hacia Patricia que la miraba silenciosa

—Abróchame el último broche, no puedo hacerlo sin apretarme la cintura.

La joven dejó de respirar para esconder la barriga, luego se apretó bien la cintura para que Patricia pudiera abrochar, fue un trabajo de galeote y no porque estuviera gorda sino porque aquello era como tres tallas menor.

Al terminar la ex filósofa le daba pena meterse donde no la llamaban pero no pudo contenerse.

—Esa porquería dejó de usarse al principio del siglo pasado.

—Estás desinformada cariño, el corsé se vuelve a usar.

—Si, ya me enteré pero es una imitación, en nada se parecen a los auténticos, de todas formas son molestos. Yo no me pongo eso ni muerta.

—Tengo que hacerlo, a un cliente le gusta.

—¿Eres puta o actriz porno?

—Las dos cosas.

—¿Ganas mucho?

—Mucho más que tú y además, me gusta mi trabajo.

La joven actriz porno se puso un vestido rojo bien ajustado, la cintura era tan fina que a Patricia le pareció que se partía al más mínimo esfuerzo.

—¿Como aguantas eso?—preguntó.

—¿Eres tonta o qué? Por la pasta se aguanta esto y más que la miseria no es lo mío. Además, ya lo dijiste, no son iguales a los de antes. ¿Trajiste la

ensalada?

—Allí está—señaló la bandeja—, no se si podrás comerla, debiste hacerlo antes.

—Si como antes ni soñar con ponerme este sostén.

A la joven actriz las tetas se les salían del escote, parecían melones.

—¿Te pusiste tetas?

—Claro que me las puse—la miró extrañada—. ¿Tú no?

—No, pero cuando se me caigan me las pongo. Ahora no las necesito.

—Yo por mi trabajo tuve que arreglarlas, las tenía muy chicas.

La joven del vestido rojo, miró con fijeza a Patricia, ex filósofa, ahora sirvienta enamorada y le dijo que era muy guapa para hacer un trabajo tan mierdero. Luego se sentó y empezó a comer.

—Si quieres te busco algo. Con esa estampa en menos de un año te haces rica.

—No gracias, no me gusta ese trabajo.

—¿Eres beatífica?

Patricia estuvo a punto de soltar la risa.

—No, que va, soy filósofa.

—Ah, no sé lo que es eso pero suena mejor.

—No me gusta ese trabajo porque cansa mucho.

La actriz quedó con el tenedor en el aire.

—Tienes razón pero no creas, una tiene sus mañas.

—Ten cuidado, puede ser peligroso.

—Te equivocas, no es nada peligroso, peligrosos mis hermano, todavía quieren molerme a palos. Dicen que soy un bochorno familiar. Ellos andan por ahí con sus mujeres y no se ocupan de mis padres. De no ser por mí se mueren de hambre, la pensión no les alcanza. Yo les doy sus gustos, les pagué un crucero, se divertieron de lo lindo.

Patricia se despidió de Silvia, actriz porno y esas cosas con la inefable certidumbre de que el mundo(aunque los filósofos digan lo que digan) es un compendio de luces y sombras y que encasillar a las personas es más feo que ser almuerzo de pirañas.

Patricia llegó donde Berta y le contó de su encuentro con la actriz porno, una buena muchacha le dijo. Berta se interesó pero la ex no quiso dar más detalles, le molestaba que los empleados fueran tan chismosos. La amiga volvió con lo de Mauricio que andaba compungido porque sin la Patricia no llega ni a saber cuanto detergente tiene en el almacén. Apenas atina a sumar dos y dos, con los dedos, él tan jefe económico.

—El pobre, dale una oportunidad—dijo Berta.

—No me hables más de Mauricio, no puede ser. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Que de verdad me voy a creer que soy irresistible.

—¿Por qué?

—Porque hay un tipo esmirriado, enclenque con mirada acuosa y desvaída que en las dos veces que lo he visto me ha sacado un susto de cojones.

—¿Y eso?

—Nada, que parece un buitre carroñero a punto de espicharla pero creo que todavía da sus buenos picotazo, mira como me eriza.

Le enseñó a Berta la piel de gallina.

—Joder, Berta creo que a ese le gusto.

— Eres muy guapa Patty, tienes un no sé que arrebatata.

—¿No me digas que también te gusto?

— Me gusta como eres. Eres espectacular en todos los sentidos

—Joder Berta, voy a tener que mirarme bien en el espejo. Apenas me fijo.

—A lo mejor es por eso que caes tan bien.

—Cuéntame del tío ese, ¿Lo viste hoy?

—Sí, hace un ratito lo vi subir al ascensor. ¿Sabes quién es?

—Ni idea.

Berta y Patricia dejaron de hablar de los huéspedes.

—¿A quién tengo que servir ahora?

—A nadie, te dije que tenías dos pedidos. Ve con la Rosa, ella te dirá.

La ex filósofa miró a Berta con el ceño fruncido.

—Tú sabes lo que hay—dijo mirándola con ojos inocentes.

—No sé nada, solo oigo rumores.

—¿Como cuáles?

—Que Alipio quiere que vayas a su mansión para que lo ayudes a organizar la fiesta del próximo fin de semana. Estas en alza, parece que también impresionaste al Alipio ese.

Patricio quedó pensativa, admiró a los polis que tan bien trabajaban, entre ellos el más brillante de todos.

—Si, así es, aunque no creas, no me gusta el trabajito, tengo miedo de volver a esa casa pero el hotel se saca una pasta.

—¿Entonces es cierto?

—Parece que sí, mañana te cuento.

Salió a cambiarse de ropa, en el trayecto sonó el móvil, miró y lo puso en la oreja temblorosa.

—Te paso a recoger dentro de media hora, espérame frente al hotel. Te voy a llevar, esta primera vez, cuando termines te llevo al hotel a recoger tu coche.

Ernesto no dijo más y la joven llegó, cogió su ropa y su bolso, fue al baño. Se acicaló, por primera vez en mucho tiempo soltó sus cabellos castaños y

esposos. Puso un toque rosa en las mejillas, alargó sus pestañas. Dio un tenue color a los labios. Cambió el uniforme por los vaqueros y camisa holgada, calzó zapatillas. Se vio bien, sin darse cuenta que estaba esplendorosa.

Al caminar hacia la salida se topó con Mauricio.

—¿Ye te vas?—le preguntó con cara de congoja.

—Me mandan a trabajar fuera—dijo con un poco de lástima—,Mauricio yo te quiero como compañero, como amigo, entiéndelo.

—Patricia por favor, escúchame.

La joven miró la hora.

—Ahora no puedo, ando apurada, si quieres mañana hablamos.

Salió, cruzó la calle, se detuvo, miró a los lados, no se percató del coche.

—Sube—le dijo Ernesto autoritario.

Ernesto condujo unas cuadra, frente a un semáforo detuvo el coche, la miró. Sin poderse contener se inclinó, la besó con suavidad, luego le rozó la oreja con los labios.

—Estás guapísima —le dijo.

—¿De veras?—preguntó ella con sonrisa de niña agradecida—, tenía miedo no gustarte.

—Me gustas como quiera que estés, hasta sin verte me gustas.

Se volvió y la miró serio.

—Me gustas mucho pero debemos terminar con esto.

Se volvió y trató de no mirarla, el corazón le latía. Patricia por primera vez tuvo deseos de llorar, se contuvo, miró por la ventanilla.

—¿Me escuchaste?

—Sí

—¿No dices nada?

—Ayer fui clara contigo, yo te amo, tú no. Nada puede hacerse en estos casos.

—Podemos ser amigos...

Patricia lo interrumpió.

—Si empiezas con las palabras trilladas que nunca dicen nada me bajo ahora mismo y te vas a la mierda con tus delincuentes y perseguidos—siguió furiosa—, te comprendo pero no me vengas con lástimas y misericordias.

Ernesto no supo que decir, la sintió lejana, la creyó perdida y el pecho se le apretó, casi se ahogaba. Aceleró, condujo sin decir palabras. Entraron al aparcamiento de un edificio de varias plantas. El joven apagó el motor, la atrajo, la apretó contra su pecho,

—Quiero salir de esto pero la idea de no verte más me mata. A lo mejor me sales con una de las tuyas pero necesito tiempo. Todos los días y todas la noche me digo que tengo que dejarte pero no puedo. Llegaste a mi vida sin pedir permiso y ahora no sé como sacarte.

—Oye que no soy una okupa.

—Eres más que eso, te has metido en mi piel, en mis zapatos.

Ella se separó.

—No tienes que darme nada, ni siquiera amor. No quiero que estés mal por mi culpa, puedo salir sin pedir permiso.

La volvió a atraer, la besó en la frente.

—Olvida lo que dije, te necesito.

—Deja que el tiempo pase—dijo ella—, a lo mejor te cansas de mi. Soy algo nuevo, después seré algo viejo.

Ernesto suspiró.

—Eres única.

Se besaron con amor, con deseo, la joven tuvo que contener a un Ernesto que la acariciaba y besaba sin dejarla respirar. Lo apartó riendo.

—Quédate tranquilo poli guapo, lobo feroz. Tenemos que subir.

—Tienes razón, es una pena porque me dan ganas de llevarte por ahí y meterme dentro de ti por los siglos de los siglos.

—Hay que cumplir con el deber, así que subamos—dijo Patricia.

Subieron y Ernesto la llevó donde Robles, un hombrón que la recibió con un gruñido al verla tan falta de ejercicios.

—Tendrá que ponerse en forma—le dijo a una Patricia acobardada.

—Eso espero—dijo ella sacando pecho.

—No te preocupe Robles, parece frágil pero si la provocas te suelta una coz.

Ernesto se fue y Patricia quedó con el hombrón que le dio una ropa de ejercicios, unos zapatones y pañuelo para que lo pusiera en la frente y el sudor no molestara. A Patricia la idea de verse en plan de experta en artes marciales y demás, no era cosa que la complaciera mucho, de repente se lamentó de haberse precipitado en ser una poli encubierta pero en el fondo hizo una mueca. Caramba que se metió en esto por justicia, no por estar al lado del Ernesto que con tan solo mirarla le eriza la...piel que pensar equivocado trae problemas.

Por su parte Ernesto y Ricardo se enfrascaron en preparar bien el plan para sorprender a los posibles delincuentes. El colega por órdenes de jefe dejó de vigilar a los Perales y se dedicó junto con Ernesto a seguir el hilo que los llevaría a resolver el caso. Lo dicho por Patricia les daba la certeza de que andaban por buen rumbo. El hecho de organizar una fiesta seguida de la otra y de solicitar el servicio del mismo hotel llamaba mucho la atención. Incluso Alipio dijo fuera el mismo personal del otro día. Con tales indicios no había duda de que Patricia estaba en lo cierto. La querían a ella.

—Me asusta pensar eso—le dijo Ernesto a Ricardo—, exponer a Patricia de esa forma me está quitando el sueño. Si algo le sucede soy hombre muerto—añadió.

—Si hacemos las cosas bien no correrá peligro—dijo Ricardo—, repasemos todo de nuevo.

—Le dije al jefe que no estaba de acuerdo.

—Te repito que si hacemos las cosas bien no habrá problema. Joder Ernesto, lo tuyo con esa chica ya suena feo.

—Es una joven inexperta, es lógico que tenga miedo exponerla, esta aventura puede costarle la vida.

—Si sigues con eso el que se va a morir eres tú. Creo que te estás pasando, espero que cuando terminemos, dejes de verla, por tu bien te lo aconsejo. Me parece que Patricia te está volviendo loco.

Se enfrascaron de nuevo en el trabajo, analizaban punto por punto, detalle por detalle. Así pasaron unas horas, hicieron un alto, Ernesto miró el reloj, tenía que recoger a Patricia, recogió sus cosas. Estaba listo para marchar cuando el móvil sonó.

—Ernesto tengo un problema.

—¿Qué problema?

—Necesito que vengas, el coche no arranca y tengo que ir urgente a una reunión. Por favor, cielo llévame.

Ernesto miró la hora de nuevo, pensó decirle que no pero no podía dejarla tirada por salir a buscar a Patricia.

—Espérame, salgo enseguida.

Quedó con el móvil en la mano, alzó la cabeza, miró al techo, la bajó y marcó un número.

—No puedo recogerte—dijo—, Ricardo lo hará por mí, luego te llamo.

—No te preocupes, cojo un taxi, no pasa nada poli guapo.

—De todas formas te llamaré más tarde.

—Esta bien, pero si te complicas y no puedes tampoco pasa nada.

—Caramba me dices que me amas y no te importa si te voy a buscar.

Tampoco te interesa que no te llame por teléfono.

Del otro lado escuchó la risa de la ex filosofa.

—¿De qué te ríes?

—De tu enfado, claro que me interesa, quiero que estés conmigo pero sé que no puedes, no puedo a presionarte.

—Esta bien, te llamo más tarde.

—Si pero...

—Pero nada, te llamo y punto.

Ernesto llegó donde Daniela, esta lo recibió preocupada, le quedaba poco tiempo para la reunión, Ernesto la calmó, miró el coche, llamó al mecánico.

—Ezequiel vendrá, si es algo leve lo tendremos en casa esta misma noche, si no mañana habrá que llevarlo al taller.

Daniela lo miró seria, luego sacó su móvil del bolso.

—Piero, discúlpame con la directiva, tengo problemas con el coche, mañana nos vemos.

Terminó de hablar, guardó el móvil.

—Llévame a casa—dijo.

—Y eso?—preguntó Ernesto.

—He tenido una mañana agotadora, me siento cansada.

Subieron al coche, salieron del aparcamiento. Daniela se acercó, lo besó en la mejilla, rozó los labios con los dedos.

—Estas serio. ¿Pasa algo?

—Nada pero me has hecho interrumpir lo que estaba haciendo para que viniera a llevarte a una reunión y resulta que ahora la cancelas. Pudiste coger un taxi.

—Hasta hace poco te alegraba de que te llamara para venir a recogerme, dejabas cualquier cosa y venía corriendo.

Ernesto siguió enfurruñado.

—Estos días tengo mucho trabajo, estamos a punto de resolver un caso.

—Disculpa, no sabía.

Ella se separó, quedaron callados.

—El ladeó la cabeza, la miró.

—Discúlpame, estoy un poco alterado.

—Todo por el dichoso trabajo. No lo necesitas. Es un capricho de niño mimado.

—Ya hemos hablado al respecto—dijo Ernesto—, me gusta lo que hago. No quiero ser jefe de empresa. Eso no me va, mis padres y mis hermanos se han resignado, parece que tú no.

—No es eso Ernesto es que siempre andas perdido, espero que después que nos casemos las cosas cambien.

—No esperes mucho, te repito que me gusta lo que hago. Trabajar con mi padre y mis hermanos no es lo mío.

Daniela se inclinó de nuevo, rozó la mejilla de Ernesto con sus dedos largos de uñas cuidadas, los pasó por los labios, luego lo besó en la sien.

—No estés molesto—dijo cariñosa—,es que cuando te vi llegar me dieron ganas de irme contigo a la cama, hace días que no me lo hacemos.

Daniela puso la mano en el muslo de Ernesto los dedos rodaron como gusanillos llegaron a la entrepierna, manosearon el bulto, lo apretó con fuerza. La modelo le susurró al oído.

—Me vuelves loca amor.

Daniela y Ernesto entraron al piso y fueron directo a la habitación. El se tiró en la cama y le dijo que se desnudara. Ella parada frente a él empezó a desnudarse. Ernesto la miraba extasiado. Tanta belleza lo sobrecogió. Daniela dio unos pasos como si estuviera en un desfile. Las piernas largas y perfectas parecían torres de luz. Los cabellos sedosos caían a la espalda.

—Ven, le dijo. Súbete.

Ella subió besándolo en cada poro, en cada palmo de piel. El aspiraba su perfume, la perfección de sus movimientos, la fineza de sus actos. Ella acarició el falo erecto con la delicadeza del fuego. Lo envenenó con fulgor de joya antigua, lo atravesó de extremo a extremo y lo chupó con la elegancia de las vendedoras de humo y esplendor. Después de chupar la verga la dejó desvaída, solitaria, siguió subiendo quedó pegada a él. El le acaricio la espalda, le apretó las nalgas mientras ella lo besaba, movía la lengua, abría la boca y lo lamía como serpiente lista a engullir. El sentía el frote del pubis en su verga, ella iba de arriba abajo con el frote intenso hasta que el falo se irguió como estandarte de guerra, al pararlo lo metió dentro de ella con sus dedos largos de bruja del placer y se afincó para empezar la cadencia milenaria que busca el orgasmo y la paz.

Quedaron boca arriba, el le acariciaba los cabellos, la besó en el hombro.

—Te amo—dijo.

—Yo también te amo—dijo ella.

Al poco rato Ernesto se levantó, fue al baño, salió y se vistió. Miró a Daniela que dormía. Se dirigió a la cocina, bebió agua frente al fregadero, no quiso pensar, no quiso reconocer que ni siquiera en el momento del placer supremo

dejó de pensar en Patricia. A Daniela la quería, eran novios desde el instituto, decidieron mudarse junto después de varios años de noviazgo, ha sido su primer hombre, su único novio, A Patricia la conoció hace un rato, no la ama pero no logra sacarla de su vida.

Ernesto volvió a la habitación, cogió las llaves, el móvil, los guardó, luego se inclinó y besó a Daniela. Ella abrió los ojos.

—Ven temprano, te haré una buena cena—dijo ella soñolienta.

—No te preocupes lo haré.

—¿Qué te apetece?

—Pescado, si es posible.

—Está bien—dijo ella al cerrar los ojos.

Ernesto regresó donde Ricardo, continuaron el trabajo, el tiempo se les fue, ya en la tarde miraron la hora.

—Tengo que irme un poco más temprano, Daniela me espera.

—Mi mujer también—dijo Ricardo—, mañana tenemos que informar al jefe, esperemos que esté de acuerdo.

Ernesto se despidió de Ricardo y puso el auto en marcha, condujo pensativo, el deseo de llamar a Patricia lo devoraba pero se propuso no hacerlo. Estar con ella de vez en cuando estaba bien, no tenía que obsesionarse, podrían estar juntos un rato a la semana, algunas noches del mes. Nada de verla y llamarla todos los días. Cuando terminen el caso los encuentros serían menos. Estaba seguro que con el tiempo disminuiría la pasión.

Daniela lo recibió vestida de gala, parecía la modelo que era. Se había puesto una falda larga, una blusa que dejaba la espalda al descubierto y unos pendientes que brillaban. La joven se recogió los cabellos, se puso pestañas y pintó los labios de un rojo tenue. Al besarla a la entrada, Ernesto quedó embriagado con su olor. Se veía bella, demasiado bella. La muchacha era reina, sus pasos eran leves, la cintura fina, los brazos largos y delgados. Tenía la quietud de los páramos. Ernesto la miraba, se extasiaba pero su corazón se mantenía silencioso, no vibraba, no alteraba sus latidos.

Ernesto la vio como un cuadro que deslumbra pero que está ahí colgado para deleite de diletantes expertos en disfrutar la perfección de lo bello. El joven como cirujano capaz, tuvo el valor de abrir el arca donde se escondían las comparaciones. Nada tenía que reprochar a Daniela pero el bisturí rasgó la verdad que escondía el cofre del engaño.

Si fuera Patricia con sus piernas largas, menos delgadas. Si fuera ella con su risa espontánea, su pelo castaño espeso, hermoso, menos cuidado. Con la voz cálida, su desenfado, su picardía y el esplendor que derramaba. Si en lugar de Daniela estuviera la joven que conoció ayer, Ernesto sabía que su corazón se saldría del pecho para llegar hasta ella y tocarla.

Daniela y Ernesto tuvieron una velada tranquila. Comieron, bebieron y hablaron del futuro. La modelo dio algunas fechas para la boda, quería en otoño y así aprovechar un posible viaje a Nueva York. Ernesto quería casarse, una nueva etapa le vendría bien, la llegada de los niños sería la guinda del pastel.

—El domingo tenemos cena con tu familia—dijo Daniela—, hablé con tu madre, está contentísima con la boda. También llamé a los míos. Hay fiesta familiar. Tu madre y la mía se disputan los preparativos.

—Pueden hacerlo entre las dos—dijo Ernesto distraído.

—Eso pienso.

La pareja terminó, se pusieron ropa de andar por casa, después de poner la losa en el lavavajillas, fueron a la habitación, había empezaron a mirar una peli. Al rato Daniela se durmió. La miró unos segundos, luego se levantó, buscó el móvil del trabajo, fue a la cocina. Llamó a Patricia.

—¿Qué haces?— Preguntó.

—Veo una peli—dijo ella—, esperaba tu llamada.

—Estuve a punto de no hacerlo.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque te debates en el no quiero y el si quiero.

—¿Sabías que lo haría?

—No, solo esperaba.

—Mañana paso a recogerte, espérame a la misma hora que hoy.

—Está bien.

—Patricia...

—¿Qué?

—Nada, mañana nos vemos.

Ernesto al otro día fue a recoger a Patricia a la misma hora de ayer, la joven lo esperó con el mismo temblor y la misma estampa, Al subir se dieron un beso como si hiciera un siglo que no se veían. Ya dentro del coche el joven la mantuvo a su lado, a cada rato ella lo besaba en la sien, en la mejilla, también él se viraba para besarle el hombro la oreja. Pararon en un semáforo, Ernesto

miró la hora, preguntó si Livia estaba en el piso, la joven dijo que no. Ernesto volvió a mirar la hora, llamó a Robles para decir que se demorarían. Cambió el rumbo.

Patricia y Ernesto repitieron escena. Entraron al piso apurados y abrazados, se quitaron la ropa y cayeron en la cama ensartados.

El primer polvo fue un sexo intenso, tierno y desesperado. En el segundo, se besaron con más calma, se miraron, se encontraron en los suspiros, en el roce, en la lenguas sabias que escarbaban. Hubo un sitio de luz donde los corazones se tocaban.

El deseo furioso se mantuvo pero también dio paso a la ternura, al afán de detener el tiempo. El dejó de esconderse, de negarla, de solo querer verla como objeto de placer. No pudo escamotearle el gesto amoroso, las palabras cómplices, la voz tibia en las preguntas en el dime como te gusta más, en cómo quieres colocarte y ella se ofrecía para que le frotara la vulva, para que penetrara en el túnel que conduce al relámpago. Ernesto empezó a meter y sacar el pene en la vagina mientras la joven gemía, le susurraba el te amo sin miedo a la palabra. El al escucharla cerraba los ojos, la lamía, la alzaba, le mordía los pezones, se perdía en las ansias de tenerla rendida. El joven triunfó al sacar el placer de los dos en un ataque sin cuartel que los mantuvo enardecidos y febriles.

Después de bucear, de cruzar los confines, llegaron una llanura donde no había palabras, solo un lamento estremecido.

Ernesto miró la hora, salieron de la cama, se ducharon apurados pero follaron bajo el agua porque el roce de los cuerpos desnudos y mojados, les provocó temblores. Salieron de la ducha, se vistieron, se miraron y se abrazaron

riendo porque joder, esto no tiene nombre. Es un deseo anormal, pensó él. Es que lo amo tanto pensó ella.

Patricia siguió amando a Ernesto sin esperar nada, él siguió negado, creaba barreras para negar el amor que le crecía sin querer. Su mundo estaba diseñado desde antes, no podía romper, no quería romper y pensaba que la estabilidad de matrimonio, la llegada de los hijos serían capaces de atarlo para siempre y hacerlo olvidar la aventura con Patricia. La ex filósofa sabía que Ernesto la negaba, su amor no disminuyó pero nunca tuvo esperanzas. Ernesto pensaba que amar o no amar son palabras que se amoldan a las los concepto del así debe ser porque es lo que va bien con mi camisa, mis zapatos y mis pantalones. Esto lo que combina, lo que va con mi sonrisa, mis cabellos y mis dientes. Lo que cumple con la expectativas de si mismo y de los otros. Una bella modelo, ansiada por muchos, admirada por modistos y famosos. Un bello ejemplar que además es tu pareja de hace tiempo, es tu chica educada y de buena familia. Ernesto nunca se planteo la posibilidad de dejar a Daniela, la joven formaba parte de su mundo. Un mundo donde Patricia no tenía cabida.

SEXTO TIEMPO

Patricia Elizondo llegó a la fiesta temprano y con todo bien aprendido. Estaba rodeada de protectores, en cualquier lugar había una mujer y un hombre vigilando. Ernesto también se mantenía en guardia. La pusieron bien visible, joder como un carnada en anzuelo. No le hacía ninguna gracia pero ella también quería contribuir a que esos mamones se pudrieran en la cárcel.

Los invitados comenzaron a llegar, igual que la otra vez alrededor de Alipio empezó a reunirse una fauna selvática, marciana y bizarra. En resumen, que la mezcla afianzaba la confianza en que allí podía haber de todo en abundancia. Al filo de las diez, estuvieron al filo del abismo porque una invitada se lanzó a la piscina más borracha que encuerada, todos corrieron porque temieron que la fiesta terminara como la fiesta del Guatao, antes de tiempo y embarcados en una calamidad no prevista.

En una de esas vueltas que dan las personas y no la vida, Ernesto pasó por su lado y la miró como felino a la gacela. No te descuides, le dijo bajo y ella como siempre sintió un golpe en la... clavícula que pensar apurado trae equívocos.

Todo funcionó bien hasta las doce aproximadamente. A esa hora se dieron cuenta de que Patricia ya no estaba. Nadie supo en qué descuido, en que aleteo, la Patricia desapareció. Fue una desaparición tan sutil, tan invisible que parecía que la joven nunca estuvo allí. Cuando se dieron cuenta el terror fue tal que los agentes no sabían por donde de buscar. No querían detener la

fiesta porque estaban en el aire, detenerla implicaba quedar en evidencia y no sabían si era perjudicaban o empeoraban la situación por eso de inmediato llamaron a los que vigilaban en los jardines, en los alrededores la piscina, nadie vio coche salir, nadie vio señal de nada.

Ernesto estaba en pánico, el único que atinaba a razonar un poco fue Ricardo que mandó a buscar al dueño de la casa.

—Estamos en alerta, una joven ha desaparecido. Necesitamos que no diga todas las salidas, todos los vericuetos y si es posible los planos de esta casa.

—Hay una salida—dijo Alipio—, una salida que mandé a construir para cuando quisiera escabullirme sin que nadie me viera.

Abrió una gaveta del librero que tenía en su despacho, lo extendió en la mesa Apuntó con el dedo. Esta es la salida.

Ernesto y Ricardo se miraron espantado. Cómo no pensaron en una posible salida oculta. Cómo no manejaron esa posibilidad cuando colocaron los dispositivos.

—¿Quiénes saben de esa salida?

—Yo, mis dos guardaespaldas y mi secretario. Soy un hombre limpio, no tengo nada que ver con secuestro ni trafico ni nada. Mis amigos son todos conocidos.

—No creemos en su limpieza, no nos cabe duda de que aquí se cocina porquería. Usted tiene que saberlo.

—Sé que algunos se ponen contentos pero de eso al secuestro ni de coña. Si han secuestrado a esa joven nosotros no tenemos nada que ver.

—Llame a sus guardaespaldas.

Alipio llamó, pregunto.

—Nazario está sentado en el pasillo que da a uno de los salones. Gilberto se fue, dijo que se sentía mal.

—¿Tiene la lista de invitados?

—Por supuesto.

Ricardo llamó a un agente que estaba al lado de la puerta.

—Revisa con él la lista de invitados—se dirigió a Alipio—, le da los nombres y todos lo que sepa de los asistentes presentes y ausentes. Eso lo queremos ya.

Ricardo y Ernesto mandaron de inmediato a buscar a Gilberto, luego salieron con el plano en la mano, hablaron con Nazario. Nada sacaron en limpio, el guardaespaldas sabía de la salida pero tenía testigos de que no se había movido de su sitio desde que empezó la fiesta. El pasillo conducía al despacho del jefe, también se podía ver el salón principal, era su puesto fijo cuando se daban las fiestas. A Lo dos agentes no les quedó la menor duda. Gilberto secuestró a Patricia, a estas horas se dirigía con ella a algún sitio. ¿O no?

Ernesto se daba cabezazos, literalmente dicho. Tan frenético estaba que Ricardo tuvo que controlarlo. Había tanto dolor en el agente que el compañero y amigo no sabía como calmarlo. Ernesto cerraba los ojos para aguantar las lágrimas que querían brotar por terror y culpa.

—No tenemos pista, solo un nombre y una salida oculta, a estás horas a lo mejor ya está muerta o abusada, y maltratada.

—Piensa Ernesto, piensa. Los detalles son muy importante en estos casos, si queremos salvarla debemos tener la cabeza fría. Cálmate.

—¿Crees que podamos llegar a tiempo?

—Claro que lo creo. Imagina que la secuestraron porque alguien la quería, eso me dice que no la matarán de inmediato.

—Ella me dijo que sospechaba que le gustaba a alguien y que esta fiesta a lo mejor la organizaran para lograr lo que no pudieron hacer antes.

—Seguro que lo planearon todo desde aquí

—Alipio dice no tener vela en este entierro, parecía muy seguro—dijo Ernesto—

—A lo mejor Alipio no pero Gilberto sí. Llama a Alipio.

Ernesto llamó al agente que estaba con Alipio, habló con el dueño de la casa.

—Fue Gilberto el que organizó la fiesta. Al parecer es la mano derecha del pavorreal.

—Piensa Ernesto, piensa, si alguien quiso que ella volviera alguien llamó al hotel y lo sugirió.

— En el hotel esta hora no hay casi empleados—dijo Ernesto—. Tenemos que poner en alerta a todo al personal del hotel. Hay que llamar para que localicen al gerente.

Ernesto llamó, ordenó lo pusieran con el gerente. Habló con él le dijo que fuera al hotel de inmediato y que alertara a todo el personal. Patricia estaba en peligro de muerte. Había que actuar con rapidez.

—Espérennos, ahora mismo vamos para allá.

Ernesto y Ricardo se salieron como un bólido, antes de irse dejaron encargado a Cabrera para que ocupara de que nadie saliera ni entrara en la mansión hasta que no se ordenara, ni Alipio podía moverse. Mandaron a redoblar la vigilancia en las entradas y salidas.

A esas horas los dos mafiosos conocidos sacaron a la patricia de coche con los ojos vendados y las manos atadas.

—Creo que se te fue la mano en el golpe—dijo el parecido a Luciano.

—No te preocupes, ahorita el morado se le quita—dijo Al capone madrileño.

—El jefe no quiere que se la estropeen—dijo el Gilberto que también iba con ellos.

—No se hará—dijo el parecido a Luciano—, la ponemos en la habitación,

cuando él ordene se la llevamos.

—Tendrá festín.

Los tres movieron los hombros, no les interesaba lo que hiciera el jefe loco. Lo que querían era terminar. Estaban hartos de escuchar los ladridos del buitre que pedía que le trajeran a la joven del hotel porque por culpa de ella no duerme.

—No se cansa, tiene un montón de chicas parecidas, es un podrido de cojones.

—Eso no nos interesa, son sus gustos, sabes que cuando lo complacemos tenemos paga extra.

— Es que tiene antojos más raros.

—Cállate ya, que esta tonta está oyendo y no para de llorar.

Era cierto, Patricia iba a empujones, gemía, lloraba y rogaba que no la mataran. Joder que es llorona la tía, dijo Gilberto.

Los delincuentes llamaron, dos sirvientes abrieron y los guiaron hasta la habitación donde después de quitarle la venda dejaron a Patricia encerrada.

La puerta se cerró y de la llorona Patricia no quedó nada, la joven se irguió y caminó por la habitación fijándose en cada mueble y adornos; en cada rincón, en cada tareco, hasta se agachó para mirar debajo de la cama. Era una habitación enorme con cama de lujo, adornos lujosos y candelabros también lujosos. Cogió uno de ellos, Patricia hizo uno de sus cálculos exactos. Esta porquería pesa una tonelada y dos más, se dijo.

Entro al baño para mirar y para orinar porque el susto le aflojaba los esfínteres. Revisó todo. Era un cuarto de baño que parecía un apartamento, vio el lavabo moderno, los grifos de última generación y la que viene; un armario donde se guardaban sábanas y toallas. Esto es la hostia, se dijo ni triste ni contenta, mas bien, cabreada. Se sentó en el váter, orinó apurada.

Salió, buscó en las gavetas, en el armario, había ropa de mujer, encontró un pantalón, le quedó un poco ancho, se dijo que mejor así.

Patricia se sentó en la cama con el candelabro a su lado. Se dispuso a esperar el próximo movimiento del ajedrecista macabro.

Ernesto y Ricardo llegaron al hotel, por suerte el gerente y estaba, también otros empleados, entre ellas Berta, la compañera más allegada. Ernesto los puso al tanto, no tenían tiempo que perder, había que revisar las últimas reservas.

Berta se acercó a Ernesto, se presentó y le dijo que tenía algo le rondaba y que a lo mejor podía servir.

—Hace poco Patricia me dijo de hombre que la miró de forma muy extraña, un hombre que le provocó pavor porque era la segunda vez que lo veía detenerse para observarla.

—¿Cuándo fue eso?

—La semana pasada.

El gerente ordenó buscar de inmediato. Ernesto empezó a dar vueltas, su móvil sonó, habló unos minutos, fue donde Ricardo desesperado.

—Todo parece indicar que Patricia se entregó a los delincuentes.

—¡¿Cómo dices?!

—Que se dejó coger, la agente dice estar segura que buscó la forma de irse sin que la vieran.

—Eso es imposible.

—Si la conocieras sabrías que sí es posible—dijo Ernesto apesadumbrado.

Cuando Berta se enteró corroboró lo dicho por Ernesto.

—Es típico de ella, estoy convencida que lo hizo.

Mientras Ernesto, Ricardo y los otros buscaban desesperado, Patricia esperaba impaciente. La muchacha se pegaba como una lapa a la puerta, tratando de escuchar. Al fin sintió un ruido, se preparó con su candelabro en alto.

Le dio al que entró con tal fuerza que el hombre cayó redondo. Se agachó, cogió las llaves, el móvil y la pistola.

Tenía los nervios de puntas y el corazón a mil, no se sabía los cabrones números, la modernidad quita memoria se dijo de mala leche. Solo se acordaba del numero de la tía, de Livia y del hotel. Escribió un mensaje a como dio lugar, se metió el móvil en el bolsillo de su pantalón ancho y se asomó pistola en mano. Se percató que estaba en el piso de arriba y que había un amplio corredor que conducía a una escalera de mármol, no vio a nadie. Salió, cerro con llave, decidió buscar a algún cabrón que la guiara. Estas casona tan grandes, son un laberinto, se dijo entre asustada y cabrona. Al fin vio a uno de los sirvientes que veía, seguro a saber por el qué de la demora. La joven se agazapó tras un columna. El acercaba sin ganas pero al final llegó. El tío alto de pelo escaso nunca maginó que una chica llorosa saliera de la nada, le apuntara con una pistola y ordenara:

—Tranquilo y haz lo que te digo porque si no te mato, hijo de puta. No te luzcas porque te reviento. Llévame ahora mismo donde las chicas. Si me llevas a donde no es te vuelo la cabeza en el último minuto que me quede de vida. Así que andando.

No tuvieron que bajar las escaleras, el hombre caminó delante de ella sin chistar, llegaron al final del corredor, doblaron y siguieron por un pasillo hasta una puerta, la abrió. Patricia lo empujó y entraron una habitación. Había una oscuridad mas negra que el terror que se respiraba.

—Chicas, soy yo— dijo sin dejar de clavar el cañón de la pistola en el omóplato del medio calvo. Buscó a tientas, encontró el botón de la luz.

Lo que vio la dejó espantada. Era una habitación como todas las demás, según supuso pero se diferenciaba porque parecía una habitación de hospital. Había varias camas pequeñas. Algunas estaban vacías, en cinco de ellas estaban tiradas cinco chicas encadenadas.

Patricia tuvo que controlar la furia para no matar al sirviente, lo que si no pudo controlar fue la patada que le dio y que lo lanzó al suelo sin miramientos. La joven sin dejar de apuntarlo le quitó las llaves que colgaban del cinto, le dio un pistoletazo, y lo dejó sin conocimiento. Corrió donde las chicas, empezó a probar llaves. Es esa, dijo una sin poder creer lo que estaba viendo.

Les quitó las cadenas, le pegan unas patadas nada más, no lo maten, dijo a las chicas. Se agachó, lo revisó bien, no tenía armas. Luego salió y esperó. Las jóvenes se cansaron, no eran muy fuertes las pobres. Patricia se asomó, movió la cabeza, no muy fuertes pero lo dejaron bien jodido, se dijo al cerrar con llave.

—Vamos donde ese malnacido—dijo con tal furia que las cinco echaron la cabeza hacia atrás—, a ese mamón lo descojonamos ahora mismo.

—Es aquí —dijo una muchacha.

—¿Aquí ?

—Si, él duerme del otro lado. Al final de este pasillo doblamos, hay otro que conduce a la habitación de Don Arsenio. Digo habitación por decir algo pero es como un piso enorme, hay un recibidor que le sirve de despacho. Casi siempre está ahí porque le gusta estar cerca. Ese hombre es un enfermo, un loco y...

Patricia la interrumpió.

—Vamos, después hablamos.

— Virginia apenas puede caminar—dijo una que sostenía a otra.

—Ayúdenla—dijo Patricia—, no podemos separarnos.

Fueron unidas, la ex filósofa tenía el pulso a mil y la rabia en cada poro. A este malnacido lo mando al infierno sin pasaporte, dijo echando espuma por la boca, casi literal pero no tanto.

Al llegar Patricia se dio cuenta que la puerta no tenía cerrojo, dio una patada con fuerza, entraron, cerraron y quedaron detenidas frente al hombre que sentado en su mesa de despacho levantó la vista. Quedó asombrado

— Ni se te ocurra mover ni una ceja porque quedas tieso.

El hombre escuálido de ojos acuosos quedó dudando unos segundo, se levantó, hizo un gesto pero Patricia. de un salto llegó hasta él y lo lanzó al suelo de un tortazo, el hombrecito escuálido cayó boca arriba, la joven le puso un pie en pecho y le apuntó

—¡Te voy a matar¡

La rabia le ardía el pecho, todo el cuerpo le temblaba.

—Por favor no lo hagas—dijo el hombre lloroso.

Patricia respiró hondo, miró a las chicas, quitó el pie.

—Chicas, vengan, hagan lo que gusten, no lo maten, no se lo merece.

Lo dejaron aplastado y gimiendo. Lo levantaron y le pusieron las cadenas con las que acostumbraba a encadenar a sus presas. Deshilachado y bien encadenado quedó el hombre escuálido, casi era nadie.

La ex filósofa reagrupó su ejército preguntó por la salida y por los hombres que custodiaban, ellas dijeron que unos cuantos. Patricia fue a llamar por el móvil pero escuchó un estruendo.

—Creo que llegaron los refuerzos, es una pena de repente me sentí Juana de

Arco.

Las jóvenes escucharon los gritos.

—No teman, ese es otro desquiciado pero bueno en todos los sentidos.

Salieron al corredor y empezaron a bajar las escaleras, Ernesto llegó antes, la abrazó furioso y desencajado.

Patricia lo apartó avergonzada y temerosa.

—Ernesto que te ven—dijo tratando de controlarlo.

Ernesto se separó con tal enfado que bajó sin dirigirle más la palabra.

Sin hablarle estuvo el resto del tiempo que estuvieron allí. Ricardo escuchó la narración de Patricia, le peleó pero río por la forma que hablaba y es que soy filosofa dejó ella tratando de poner al mal tiempo buena cara.

—Por culpa de tu locura por poco morimos de un síncope—dijo Ricardo—, no sé cómo se te ocurrió hacer esa barbaridad.

—Lo hice por rabia, cada vez que pienso que algunos nos ven como una mierda que sólo les sirve para saciar sus instintos más bajo me pongo al borde de la apoplejía. Ustedes me enseñaron cosas, sentí que era capaz de enfrentarme. Tenía sed de venganza, parece sacado de una peli, pero nunca mejor dicho. También quería demostrarles que no somos tan debiluchas.

—¿Cómo llegaron a ti?

—Yo fue la que llegué a ellos, me pareció que se habían dado cuenta de algo, los vi discutir. Creí que todo se iría a la mierda, me decidí. Salí, caminé por el lugar más apartado. Esos cabrones me dieron un tortazo, me taparon la boca y me arrastraron.

—Eres tremenda, estuviste a punto de morir, no sé cómo no sospecharon.

—Esos dos se creían tan duros que para ellos los demás eran puros cacharros. Ahora deben estar todos apaleados y cabrones porque una inútil

les jodió la vida.

—Ha sido tan tremendo el susto que todavía estamos en nerviosos. Ernesto sufrió más que nadie, está cabrón contigo.

—Ya se le pasará—dijo Patricia—, es lógico, yo habría estado igual.

Detuvieron a toda la banda, mandaron a las chicas al hospital, todas se despidieron de Patricia entre besos y lágrimas. La ex también soltó sus lagrimitas de felicidad al verlas salvas.

Ernesto se mantenía apartado y molesto. Ricardo dio las órdenes, la mansión quedó vacía, los carros patrulleros se marcharon. Ricardo se acercó a Patricia.
—Ve con él, yo me marchó, quítale un poco la furia, pasó unos momentos terribles. Mañana nos vemos, aunque no creo que haga falta, lo digo porque a lo mejor el jefe quiere conocerte. Yo estoy encantando, eres tremenda, muchacha. Ricardo se marchó,

Patricia fue donde Ernesto.

—¿Me llevas?—preguntó tímidamente.

Ernesto ni la miró.

—Pensé que a lo mejor te ibas volando como eres una súper mujer.

Patricia se puso frente a él.

—Si pudiera volar te llevaría conmigo a un lugar donde no puedas separarte de mi.

Ernesto seguía molesto.

—Si me quisieras como dices no te habrías expuesto sabiendo que si te pasaba algo provocarías mi muerte y no en vida precisamente.

Patricia miró a los lados, todos se habían ido. La joven lo abrazó.

—Abrázame y no sigas molesto porque si no se te quita la roña nos

quedaremos aquí toda la noche. Y sabes qué—le habló al oído—, quiero que me quites el susto.

—¿Cómo te lo quito?

—Con un buen masaje en...

—¿Dónde?

—En la espalda, que pensar apurado trae equívocos.

Ernesto y Patricia regresaron, él menos roñoso, ella menos asustada.

—Todavía no me explico como pudiste hacer lo que hiciste, fue una locura.

—Ni yo me lo explico. Nada más pensar en lo que pasó me pongo a temblar.

—Ven acá—y la atrajo cariñoso—, resulta que ahora es que te das cuenta que te metiste en la boca del lobo.

Patricia se pegó a él.

—Lo que más hubiera extrañado en el otro mundo es una cosa.

—¿Qué cosa?

—Estar contigo. Dame un beso.

—Patricia que voy conduciendo.

—¿Qué te parece si te beso cuando lleguemos?

—No sé si Livia estará despierta. ¿Las llamaste?

—No las llamé, esperaba encontrarte.

—¿Cómo ustedes supieron la dirección? Cuando les puse el mensaje no sabía ni idea de donde estaba. Deduje que era un lugar apartado

—Berta nos contó lo del hombre que te miraba extraño. Encontramos una dirección. En tu mensaje pusiste que era una finca en las afueras. Nos la jugamos.

—Eres único amor—dijo Patricia—. Dice un poeta que el amor verdadero surge desde el momento en que creemos que la persona que queremos es única.

Ernesto la miró unos segundos, después condujo en silencio. La volvió a mirar.

—Para mí eres única —dijo en un susurro.

Ernesto y Patricia estaban exhaustos, el susto todavía los tenía en vilo por eso quisieron pasar un rato juntos.

—Quiero respirarte un rato—dijo Ernesto—déjame subir.

—Estoy muerta de cansancio pero también quiero estar contigo aunque sea unos minutos. Lo necesito.

Patricia y Ernesto se metieron en la ducha, abrazados dejaron que el agua les cayera y limpiara la suciedad y el fastidio que vivieron. Después salieron y se tiraron en la cama. El bocarriba, ella pegada a su costado. Los dos cerraron los ojos, se sintieron uno, no porque los cuerpos se tocaban sino porque el amor impedía las palabras. Así estuvieron un rato olvidados, tranquilos y deseando que el tiempo no pasara.

—Me tengo que ir—dijo él y le besó la sien—, no puedo quedarme.

—Vete, no te preocupes, estoy bien, trata de dormir un poco. Cierra la puerta al salir, conduce con cuidado.

—Descansa, mañana vendré a verte.

Ernesto llegó a su casa casi de día, Daniela estaba despierta.

—Ricardo me contó el final de la operación, fue un éxito me dijo.

—Así fue, te dije que no te preocuparas.

—No estaba preocupada, estaba asustada, sentí miedo por ti. ¿Quieres que te

prepare algo?

—No, voy a dormir, estoy molido.

—Tienes los cabellos húmedos.

—Me eché agua. He pasado un día terrible, déjame dormir un poco, después hablamos.

Cerró los ojos, la sintió a su lado pero por primera vez supo que era una locura la doble vida. Cambiar de escenario lo llevaba al desamparo. No puedo seguir en esto, tengo que decidirme, se dijo.

SÉPTIMO TIEMPO.

Al otro día en la tarde Ernesto Almagro fue a ver a Patricia Elizondo extrañado porque la joven no contestó sus llamadas. Al llegar lo recibió Livia quien lo dejó entrar y le dijo que se sentara. La joven delgaducha le preguntó si quería beber algo. Él, cortés dijo que no, quería ver a Patricia. Livia se sentó frente a él y dijo que la ex filósofa no estaba. Ernesto empezó a sentir un frío que le subía a la garganta y quedó helado del todo cuando la compañera de piso le comunicó que Patricia se había a vivir con sus padres. Quiso saber si era por algún imprevisto pero la joven negó con la cabeza. Patricia se fue para siempre, se enteró que tenía fecha para casarse con tu novia de toda la vida.

—Dame la dirección, voy a verla.

—No lo hagas, no te recibirá.

—Quiero dejar a Daniela pero necesito tiempo.

—Según Berta se casan este otoño, no falta mucho tiempo. Además ni se te ocurra decirle necesito tiempo, es un insulto para ella.

—¿Cómo es que Berta se lo dijo?

—Estuvo aquí bien temprano, hablaron de ti. Berta le contó de una prima que es vecina tuya. Berta le dio detalles de tu vida. Dijo que eres novio del una modelo bellísima y famosa y que llevaban mucho tiempo juntos. También le dijo que pertenecías a una familia adinerada y que eras poli por puro gusto.

Ernesto se levantó, dio vueltas por el salón, se ahogaba pero al mismo tiempo sabía que tarde o temprano tendría que escoger.

Livia lo vio dar zancadas, lo vio desorientado, infeliz.

—Conozco a Patricia—dijo la joven—la conozco desde que éramos unas crías. Desde pequeña es como es. Creo que no te la mereces como tampoco se la merecía Ortega, su ex marido. Patricia no aceptará que abandones a tu novia por ella. Fue abandonada una vez, por poco muere. Jamás se prestará a que una mujer sufra lo que sufrió ella. Parece irracional pero es así. Cásate con tu novia, olvida a Patricia.

Ernesto se fue, quiso sentirse aliviado. Patricia había decidido por los dos, tenía razón como siempre. No sabía si algún día tendría valor de dejar a Daniela.

Condujo aferrándose a la idea de que las cosas volverían a su sitio. No mas doble vida, no más engaño. Sería un feliz hombre casado con una bella muchacha, tendría una vida tranquila junto a su mujer y sus hijos. Qué mas podía pedir.

Condujo un buen tramo repitiéndose lo mismo hasta que la angustia lo atrapó y buscó un sitio donde aparcar. Detenido cerró los ojos con fuerza, no sé si podré vivir sin ella, se dijo.

Patricia Elizondo regresó a casa de sus padres consciente de la necesidad de un cambio radical. Lo primero era darse un respiro. La infelicidad era su estado natural pero no por eso tenía que echarse a morir como perra vieja y sin dientes. Era joven podía dedicarse a buscar la felicidad en los detalles.

La soltería que avizoraba total y eterna no le impediría disfrutar de pequeños ratos que le permitieran olvidar su inexorable destino. Todavía se sentía capaz de disfrutar de la buena música, el buen libro y algunos filósofos verdaderos. También estaba dispuesta a compartir con su familia, con algunos de sus amigos de infancia y al final buscar algún trabajo que no la sumiera en la vacuidad sino que diera un sentido a su vida.

Llegó decidida a no enredarse más en líos amorosos y ver la vida como un espejismo en la que no todos tenemos la suerte de convertirnos en tangibles. La ex formaba parte de esos que apenas dejan marcas en la hierba que pisan. Era de las que casi no existen por culpa de la fragilidad de sus pasos.

Lo primero que hizo para empezar a perfilar su cambio fue tratar de conectar con sus hermanos. Ana con veinte años años trabajaba como secretaria, y tenía un novio con el que planeaba mudarse. Su hermana Ana terminó el inti y no quiso estudiar más, los padres la mantuvieron hasta ahorita pero cuando habló de mudarse con el novio Papá Francisco le dio trabajo en una de sus empresas.

Era la hijita de papá pero Don Francisco no entendía de mantener al novia y la novia con casa incluida.

El hermano Felipe era estudioso, inteligente, era la esperanza del padre y posiblemente el encargado de ampliar el patrimonio de los Elizondo. El

joven, consciente de su papel, se esmeraba en representar lo mejor de la familia. Las hermanitas eran buenas para nada, más la Patricia que siempre tenía a los padres de cabeza. De más está decir que la joven era la oveja negra o blanca, que el descarriarse no tiene nada que ver con el color en este caso ni en ninguno.

A la joven que vino de la capital le costaba trabajo integrarse, venida de otro mundo, la pequeña ciudad se le hacía estrecha. Conocer a los que la vieron bebida y encuerada le daba un poco de pudor, también el hecho de ser una joven que vino fracasada le sacaba los colores. No era filósofa, ni empresaria, ni esposa bien casada ni nada de nada. Era esa que apenas tiene nombre y la que a nadie le interesa. Por todo lo dicho y lo no dicho (no todo es para airear en público), a Patricia le jodían las desavenencias con su augusta madre que la veía más ajena que un gato en un estanque.

La joven no se integraba, no por culpa suya sino porque le era muy difícil hablar en voz baja, no andar en chancas, en short por la casa y levantarse en la madrugada a vaciar el frigo porque llenarse hasta las narices era la pastilla ideal contra el insomnio.

Una tarde de esas en que la filosofía ni los buenos libros, ni la buena música le ajustaban los tornillo, Patricia decidió ir con su padre a proponerle que le buscara un trabajo para ganar dinero y alquilar un piso. Al poco tiempo Don Francisco que era Dios porque complacía a la carta, le consiguió trabajo en una biblioteca, algo en desuso pero tal vez imprescindible a pesar de lo contrario.

La joven alquiló un piso, chico pero cómodo y se fue con su música a otra parte. En la biblioteca la pusieron en el departamento juvenil, allí bebió, sabiduría.

A los dos meses de estar en su ciudad y a los tres de haber llegado Patricia tuvo su primer pretendiente. Un filólogo profesor del inti, antiguo amigo y compañero.

Leandro era divorciado como ella, estaba en los veinte y tantos como ella, compartía el gusto por la música, los libros, las ensaladas y la poesía tan en desuso que nadie sabía ya donde encasillarla, como ella.

Una tarde fresca, sentados en la terracilla de su pequeño piso Patricia le contó a Leandro trozos de su vida cargada de infortunio. El joven también habló de la suya, de su dramático divorcio que lo marcó por siempre porque tuvo la desgracia de sorprender a su esposa en la cama con su mejor amigo.

—Caray Leandro, eso es fuerte.

—Más de lo que crees, por poco me tiro al río. Sufrí mucho pero ya me ves lo superé.

—A mi me pasó algo parecido—dijo Patricia—, mi Ortega se fue sin casi decir adiós y a los tres meses se casó con la hija del dueño de la empresa donde trabajaba. Por suerte no era mi mejor amiga.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

—Nada, es la vida Leandro, es esa que a veces da y a veces quita. Culpar es tarea inútil.

—Ahora está arrepentida—dijo Leandro.

Patricia lo miró seria.

—No quiero aconsejarte pero la flexibilidad ahonda el juicio.

—No te entiendo.

—Traducido al español quiero decirte que si todavía te gusta pues a follar se ha dicho.

—No sé, no estoy seguro. Me hizo algo terrible, creo que mató el amor.

—¿Te gustaría follar con ella?

—No.

— Un coito excitante y ocasional también cabe que no todos tienen que ser románticos, también los hay sabrosos por un rato. Yo soy una tarada pero eso quiere decir que los demás lo sean.

Leandro no quiso seguir tocando un tema que todavía ardía.

—Prefiero no seguir hablando de eso—dijo tristón.

Patricia lo dejó con sus melancolías existenciales y le soltó una filípica sobre el daño que hace el tabaco. Leandro se moría de la risa al escucharla hacer una disertación tan disparatada.

—Eres increíble—le dijo.

—Tanto me lo dicen que no me lo creo.

Después de reír y de beber un ron, el joven le preguntó si aún amaba a Ortega a lo que Patricia respondió seria y sin tapujo que a Ortega nunca lo amó. Su matrimonio fue una burda imitación, un plagio en toda regla.

—Ortega forma parte de mi etapa tonta, no me arrepiento de haber caído en la torpeza. Esa Patricia no era yo.

Después le contó el secreto, más secreto de su vida.

— Amo a un hombre que no me ama pero que nunca voy a olvidar.

Patricia y Leandro iban a veces al cine, a cenar y a bailar. Un día el joven la besó y a ella no le desagradó. Ese día lo invitó a subir, estuvo dispuesta a probar pero él no pudo. Compungido se disculpó, necesitaba tiempo.

Siguieron saliendo, otro día lo intentaron pero esa vez fue ella quien no pudo, necesitaba tiempo. Al final desistieron entristecidos, bien jodido estaban al apelar al tiempo para justificar que todavía amaban a esos que ya no están. El seguía soñando con Marcela, ella con Ernesto.

—Estamos jodidos dijeron al unísono.

—Los dos somos unos tarados, me alegro que me hagas compañía—dijo Patricia.

A partir de ese día Patricia empezó a sentarse un rato en el paseo que daba al mar, allí se quedaba absorta mirando el horizonte. Allí pensaba en Ernesto y las lágrimas asomaban rebeldes. En ese rato donde intentaba revivir los momentos al lado del hombre que nunca iba a olvidar, aparecía la Patricia sin burlas, sin engaños y sin esa ironía con la que se intentaba negar que la vida sin él era una mierda con lectura, con filosofías y con detalles incluidos.

Una tarde estando en la biblioteca se percató que el otoño llegaba, sintió un estremecimiento y apretó los ojos porque las lágrimas fluían.

—¿Qué te pasa?—preguntó Herminia, la compañera de trabajo.

—No me siento bien—dijo casi en un llanto—, me voy, disculpa, si alguien pregunta di que no me sentía bien.

—¿Vas para tu casa?

—No, voy a sentarme un rato frente al mar.

La ex filósofa lloró mirando al mar, lloró por la pérdida y por la certeza de que estaba condenada a transitar por el sendero de la ausencia eterna, condenada a no olvidar.

Secó las lágrimas y quedó quieta mirando el horizonte, era temprano pero la brisa de otoño traía la melancolía de los fracasados, hundidos en un bregar sin ilusión.

—Vengo a rogarte que me dejes estar contigo—dijo una voz a su lado—.No me rechaces Patricia, no quiero ser más un pobre diablo que no sabe a dónde

ir.

Patricia ladeó el rostro y lo vio sentado a su lado y las lágrimas brotaron sin control.

Ernesto se levantó , se agachó frente a ella y le secó las lágrimas poniendo besos tibios en sus mejillas.

Ella se levantó, lo alzó y lo abrazó. No podía hablar porque el llanto se lo impedía. A Ernesto también los ojos le brillaban.

—Déjame estar contigo amor de mi vida—susurraba Ernesto ahogado por la emoción.

Patricia y Ernesto fueron al piso pequeño de la joven, entraron y al lado de la puerta él tembloroso le pidió que se alzara la falda porque los deseos de tenerla lo mataban, ella lo hizo y se afincó para que la penetrara y el amor estuvo en los gemidos, en los espasmos y las palabras que salían febriles, enardecidas. Te amo mujer de vida, te amo tanto y la besaba, le mordía la barbilla, la acariciaba y se ahogaba al tenerla por fin, al sentir los latidos del corazón delator porque sin ti estoy muerta, Ernesto adorado. Eran tantas las ganas que el orgasmo llegó como tormenta, como lluvia y como luz.

De ahí fueron a la cama, se desnudaron, él se sentó y le dijo súbete, ella lo hizo, metió el falo en su sexo y un gemido salió con un suspiro profundo. Se besaron lento al principio, ávidos y frenéticos porque el placer los fue cubriendo desde los pies hasta el borde de abismo en que se sentían caer en cada movimiento, en cada empuje. El hombre enamorado sacaba gemidos de gusto a la mujer que era su presente, su pasado y su futuro. Al final el movimiento se fue haciendo una carrera en pos de la victoria o la derrota. Llegaron estremecido al final de la batalla y quedaron abrazados después de haber atravesado un túnel donde se toca el cielo y el centro de la creación.

Después se acostaron y ella bajó para levantar la verga gloriosa, la chupó, la mamó mientras lo miraba retorcerse y gemir. Ernesto rogaba, negaba y quería porque ella como Circe lo atravesaba con la boca voraz que lo tragaba. Patricia siguió hasta el final, hasta beber el líquido, el semen con olor a ceniza a tierra calcinada. Después volvió a levantarlo y se encaramó y se mostró como el quería. Guerrera, arrogante, vencedora en el afán de complacer al hombre que era su pasado, su presente y su futuro. Los cabellos iban, venían y la tetas se alzaban para que él tocara, las manoseara y se inclinara para chupar los pezones, lamerlos y caer de nuevo cuando ella como furia desatada le sacaba de nuevo el semen que se esparcía en su vagina. Patricia se fue de lado. Ernesto rozó el clítoris que como guardián agradecido latía feliz, siguió frotando hasta que lo sintió erizarse. Continuó mientras ella trataba de quitar la mano indócil que frotaba y frotaba hasta tenerla a punto, entonces bajó y continuó su tarea de orfebres antiguo, succionó con oficio, lamió con alevosía, metió la lengua, hurgó, volvió a chupar, hasta que ella se inclinó le apretó la cabeza para que le sacara el último grito de mujer enamorada.

Patricia y Ernesto quedaron abrazados, desnudos uno junto al otro. El le besó el hombro, ella la sien. Unos minutos de silencios.

—¿Tienes que irte?—preguntó ella.

El ladeó la cabeza.

—Vine a llevarte conmigo, te lo dije hace un rato. Quiero vivir contigo Patricia.

Ernesto se viró, la abrazó con fuerza.

—No puedo estar sin ti.

Entonces mirándola con todo su amor Ernesto le dijo que desde el día que lo dejó fue el hombre más infeliz del mundo pero que las palabras de Livia le impidieron salir a buscarla. Al principio creyó que era lo mejor y que romper con Daniela era imposible. La idea del sacrificio se instaló para tratar de no ser un vil que abandona a la mujer que lo ama. Con los días se dio cuenta que sin a Patricia no podía vivir. En esos días fue donde Herminia, donde Livia, en esos días sacó billete para ir a verla pero el temor lo frenó. Por ese temor intentó rehacer su vida. Al mes de haberse ido y sumido en el afán de olvido se dio cuenta de que Olivia lo engañaba con Piero, el fotógrafo que la convertía en la más bella entre las bellas. No sintió dolor, solo rabia al ver que fue un cobarde que se empeño en mantener una relación que hacía tiempo estaba muerta. Decidió irse pero volvió a ser cobarde porque Daniela estaba arrepentida y amenazó con matarse si la dejaba. Fueron escenas terribles que lo hundieron en la desgracia. Daniela y él se amaron desde muy jóvenes, le tenía cariño y lástima, eso lo mantuvo junto a ella pero al final no pudo más, se fue. Intentó chantajearlo de nuevo pero esta vez no logró que regresara.

Al final consiguió que Daniela comprendiera que ya no se amaban. A fin ella entendió que su empeño era por el miedo a lo desconocido. Daniela estaba insegura, se negaba a terminar con una relación que tanta estabilidad le proporcionaba.

Ernesto abrazó a Patricia con fuerza, la besó en la frente.

—Este tiempo sin ti ha sido terrible, a veces quise desaparecer, tenía pánico a que me olvidaras y te enamoraras. La angustia no me dejaba quieto. Por suerte todo terminó. Daniela se fue con Piero a Italia, me dijo que estaba bien y que la perdonara.

—¿Le hablaste de mí?

—Nunca lo hice.

—¿Por qué?

—Nunca quise lastimarla, además temía que dijera algo ofensivo de ti, eso no lo iba a soportar.

A Patricia se le humedecieron los ojos.

—La última noche que pasé contigo te dije que eras única, sigues siendo única. Desde que te conocí siempre lo fuiste, solo que no quise darme cuenta. Mi amor por Daniela fue un amor ficticio alentado por la vanidad y las conveniencias.

—Perdona mi afán de ser doña perfecta.

—Fuiste fiel a ti misma. Eso es importante. Te amo porque además de ser preciosa, tienes otras cosas bellas.

—Como cuáles.

—Esta—dijo al besar sus tetas.

—¿Nada más?

—Estas también—dijo al morder sus nalgas.

—¿Solo eso?

—Esto me vuelve loco—dijo al meter la mano en su entrepiernas y apretar su sexo.

—Ahí no sigas que me desordeno.

—Qué harás si te lo beso.

—Se me erizara la vulva.

—¿Y se te la chupo?

—Me retorceré de gusto.

—Y se te la meto.

—Tocaré el cielo.

Patricia y Ernesto follaron de nuevo y volvieron a follar cuando se ducharon y cayó la noche y se durmieron y volvieron en la madrugada y en la mañana antes de ir al hotel a recoger las cosas de Ernesto y sacar los billetes de regreso a la capital.

—Antes de irnos tenemos que hacer una visita a tus padre para decirles que nos casaremos pronto. Ya se lo dije a tu tía.

Patricia abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Fuiste a ver a mi tía?

—Siempre fui, al principio me peleó, me dijo que mientras tuviera pareja nunca tendría noticias de ti, Livia también hizo lo mismo. Hace dos días llegué con la noticia de que estaba libre, le conté todo sobre mi separación, dudó un poco pero al final supe la dirección de tu piso y la de tu trabajo.

Tu tía me dijo que estabas sola y que seguías enamorada de mí. La abracé, le di cuatro besos. Se quedó boquiabierta cuando le hablé del matrimonio. Es muy simpática tu tía.

Patricia frunció el ceño.

—¿Te dijo algo?

—Cuando la abracé me dijo que no la apretara mucho porque estaba hambrienta de carne fresca y que todavía podía morder.

—No me asombra, ella dice que yo, pero se las trae.

—Ustedes son parecidas, el rato que estuve con ella me reí muchísimo.

—¿Te habló del pintor?

—Me habló de ese y de un escritor famoso, no me dijo el nombre pero dice que de ese se enamoró tanto que por poco pierde la...

—¿La qué?

—No seas mal pensada, por poco pierde la cabeza.

—¿De dónde sacas esas cosas?

—De ti y de alguien que escribe nuestra historia.

Con la noticia de la boda Patricia se subió en las nubes, y empezó a saltar como una niña. Ernesto la aplacó con besos. y con un no te alegres tanto que quiero atarte en menos de un mes, también quiero que tengamos hijos pronto.

—Pero Ernesto...

—Ernesto nada, eso lo tengo claro desde hace tiempo, hijos y boda. No quiero que seas una fregona, me gusta que te ocupes de tus cosas, que escribas libros, que vivas en tu mundo de filosofa, pero también deseo tenerte conmigo a tempo completo, creo que podremos compaginar las dos cosas.

Ernesto y Patricia fueron a conocer la familia de la joven. Doña Augusta los recibió con precaución. Don Francisco y los hermanos encantados. En la cena Ernesto tuvo que mediar porque la familia quería una boda sin apuros, con todo el boato necesario en estos casos. Patricia dijo rotunda que no, la boda sería sencilla y solo irían cuatro gatos, es decir la familia. En cuanto a la fecha eso lo decidía Ernesto que el pobre era el cargaba con la peor parte, en este caso, ella. Ernesto serio dijo que amaba a Patricia con locura y que estar sin ella estos meses por poco lo mata, por eso y porque no quiere que venga alguien y se la quite quiere atarla lo más rápido posible.

—Aunque ustedes no lo crean, esta chica mía despierta a los lagartos. Ya por poco la devoran.

Entonces Ernesto contó la historia de la heroica joven a la que quisieron secuestrar porque un mafioso se prendó de ella. Patricia callaba avergonzada, Ernesto babeaba con la historia. Orgullosa y feliz no escondía la ternura que

le salía por los poros. La familia quedó más que admirada, rendida ante el hombre guapo, alto, fuerte y poli, tan enamorado de la hija descarriada.

El poli Ernesto conquistó a la familia y Patricia se sintió tan contenta que dejó su timidez a un lado para decir que sin empacho que su Ernesto es lo máximo y que estaba enamorada hasta las trancas y que si él quiere se casa ahorita con él porque también lo quería atar.

—Mi chico rompe corazones, no el mío que por su culpa no sale de cuidados intensivos, sino el de esa que andan por ahí con sus redes dispuestas a pescarlo y engullirlo.

—Es muy guapo tu chico—dijo Doña Augusta para asombro de todos—, entiendo que estés loca por él.

La familia por poco aplaude, nunca antes la augusta mujer mostró tal entusiasmo, era tan estirada que apenas reía, aunque no se sabía si su estiramiento era social o de quirófano. La dura señora lo escondía pero todos estaban al tanto de sus retoques.

A Patricia se le soltó la melena, estaba en su salsa, más aún después de ver el recibimiento que hicieron a Ernesto. Tanto lo alabó que le sacó los colores al poli buenorro.

—Sin él soy nadie— dijo con lágrimas.

Tarde en la noche y Ernesto y Patricia hicieron el recuento de la visita. Se burlaron de ellos mismo y rieron a carcajadas, después se pusieron serios.

—Esto hay que festejarlo—dijo el joven.

La pareja abrió una botella de vino, bebieron, dieron algunos pasos de tango con el Gardel y el Piazzola y qué te digo, se entonaron y se atrevieron con el flamenco y el cante hondo. Se divirtieron de lo lindo y follaron con el mismo deseo de hace un rato.

Ernesto y Patricia regresaron a la capital pletóricos, pero para la joven el asombro continuó cuando Ernesto la llevó directo al piso que compró para los dos.

—Lo compré con un préstamo que me dio mi padre. El otro se lo dejé a Daniela.

Recién llegados fueron a ver a Livia y a la tía Herminia, la buena tía lloró, su sobrina al fin era feliz. Livia siguió tan tristonza como siempre, ni siquiera sonrió cuando Patricia le dijo que podía vivir en el piso con su novio.

—Es que ella es así—le dijo a Ernesto—, yo creo que Livia es al revés, a lo mejor mientras más triste se ve es más alegre. Hay gente que llevan las cosas por dentro.

A los pocos días visitaron a la familia de Ernesto, la escena se repitió. Los padres y los hermanos quedaron encantados con Patricia que arrolló con ese su sé qué. Ernesto se puso algo celoso con el hermano mayor, tan casado y tan prendado de esa chica tuya que no sé de dónde la sacaste.

—Daniela era muy bella—dijo el hermano en la cocina—, esta es fulgurante, es como una joya, brilla desde lejos. De verdad, no sé como te las arreglas, te has superado hermanito.

—Deja la gracia, ni la mires dos veces que te muelo los huevos de un golpecito.

El día de la boda en la casona de los Almagro, hubo jolgorio casi hasta la mañana siguiente. La parentela, extensa, nada de cuatro gatos por cierto, incluía a varios invitados sacados del almacén de personajes célebres de la Patricia. Entre ellos estaba el joven guapo con melena de león y su novio. El

milenario Marcel, llevado y traído por su chofer inglés y la buena Miss Mary con su inefable Guillermo. Patricia localizó a la Silvia, actriz de alcurnia, a la joven le emocionó la invitación pero no pudo ir porque estaba en Portugal entonando un fado con un novio millonario. Berta María Hernández llevó a su Manuel, para asombro de todos la pareja cantó un te quiero a morir que arrasó. Entre los detalles significativos estuvo la mazurca que bailó la triste Livia con su triste polaco. Los dos ríen por dentro, dijo la tía Herminia al verlos beber como cosacos. También estuvieron algunos compañeros de Ernesto, entre ellos su casi hermano Ricardo.

Los novios ya esposos, se fueron temprano para follar y para descansar porque al otro día se iban de viaje. No tenían mucho tiempo, el poli tenía varios casos pendientes.

Ernesto y Patricia fueron a París tres días, no supieron para qué porque la ciudad luz ni se enteró, apenas salieron del hotel.

Al segundo día Ernesto se sentó frente a la cama, Patricia dormía bocarriba, el ropón apenas cubría las piernas largas y hermosas, los cabellos se esparcían en la almohada. La joven tenía una pierna doblada, la posición dejaba entrever el pubis, y un amago de abertura. Ernesto imaginó el clítoris en reposo, la suavidad de las paredes, la profundidad del pozo donde la verga entraba avariciosa.

Cuánto amaba la languidez, el abandono del cuerpo, la respiración acompasada, la mano que descansa en el vientre pulido, la otra que roza el seno que sobresale erguido.

Patricia se despertó, lo vio extasiado. La Joven abrió las piernas, metió la mano en el sexo y empezó a frotar la vulva. El quedó quieto mientras ella seguía sacando el gemido, retorciéndose como hembra chamuscada en la

lujuria.

Casi al final, el hombre enamorado, enfebrecido, se levantó totalmente desnudo y fue hacia ella para meterle el falo, la verga, el pene, la polla, el rabo, la pinga y muchos otros nombres que se escapan y es que el estandarte glorioso tiene nombres a escoger.

Ernesto, una vez más, metió el miembro en la gruta del placer para perpetuar el rito que se mantiene imbatible a través de los tiempos y los intentos de negar la evidencia de ser la más hermosa ceremonia de la creación que existe y ha existido. Ceremonia que en este mundo y en todos los mundos posibles se mantendrá por los siglos de los siglos.

FIN